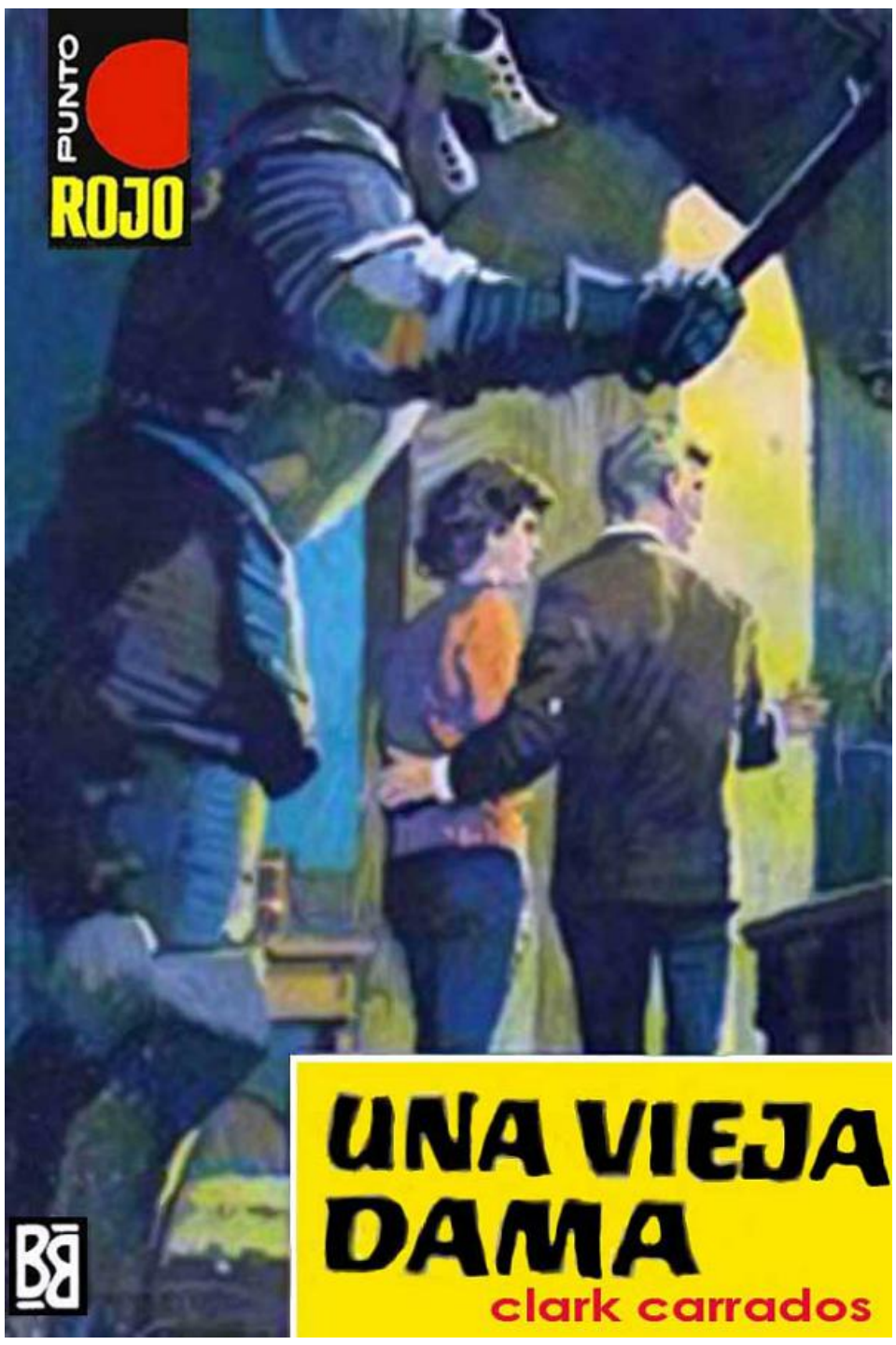


PUNTO

ROJO

A stylized illustration of a knight in armor holding a sword, standing over a man and a woman. The knight is on the left, wearing blue and silver armor. The man and woman are on the right, looking away from the knight. The background is dark with a bright yellow light source.

UNA VIEJA DAMA

clark carrados



UNA VIEJA DAMA

CLARK CARRADOS

UNA VIEJA DAMA

Colección PUNTO ROJO n.º 78

Publicación semanal

Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BUENOS AIRES - BOGOTA

DEPOSITO LEGAL B 19.212 - 1963

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

1.^a EDICIÓN: OCTUBRE - 1963

© CLARK CARRADOS - 1963

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1963

N. R. 4428/63

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS
POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:

812 — Trampa mortal.

En Colección SERVICIO SECRETO:

688 — Horas en rojo.

En Colección BUFALO:

515 — Venganza fatal.

En Colección CALIFORNIA:

357 — Violencia bajo el sol.

En Colección COLORADO:

311 — Trampa sin salida.

En Colección KANSAS:

246 — La herradura mellada.

En Colección BRAVO OESTE:

114 — La mecha y el barril.

En Colección PUNTO ROJO:

74 — Más allá del horror.

En Colección SALVAJE TEXAS.:

390 — De través sobre el caballo.

UNA VIEJA ***DAMA***

por **CLARK CARRADOSI**



CAPÍTULO PRIMERO

Llovía furiosamente. A cántaros. Como si todas las fuentes del cielo se hubiesen puesto de acuerdo para soltar sus caudales al mismo tiempo, amenazando con anegar al planeta con un segundo diluvio.

El agua que caía, formaba una espesa cortina, que dificultaba grandemente la visibilidad. A una docena de metros, resultaba materialmente imposible distinguir otra cosa que no fueran sombras borrosas e imprecisas, casi espectrales.

A pesar de todo, el temporal poseía, una característica singular: apenas se movía un soplo de aire. Los billones de gotas de agua caían completamente verticales, pero incesantemente, con cierta airada mansedumbre.

La catarata que se desplomaba desde las henchidas nubes imposibles de distinguir en la oscuridad nocturna, no tenía trazas de cesar. El ruido de los miles y miles de hilillos de agua que caían era monorrítmico, abrumadoramente monótono. Sincronizado en un mismo tono desde el principio, el rumor apenas si había sufrido variaciones. Los múltiples, chorrillos de agua componían una monótona y desesperante canción de una sola nota musical, baja, profunda, gravemente remota.

La noche estaba bien entrada. En el centro de un prado rodeado de espesos bosques se alzaba una oscura y amenazadora silueta.

El castillo

D'Efferey

se erguía poderoso, colosal, hermético, tan dominador del ambiente que lo rodeaba, como el día en que se abrieron sus puertas por primera vez, para acoger el alegre bullicio del castellano y sus invitados, hacía de ello ya varios siglos.

En medio de aquel diluvio, el castillo parecía una segunda y pétrea arca de Noé, destinada a sobrevivir en medio del desatado temporal.

La oscuridad no era total, sin embargo. En uno de los lugares de la impresionante mole del castillo se distinguía un puntito amarillento. Visto desde cerca por un hipotético observador, habría podido apreciar que el puntito era un cuadrado de luz, una ventana.

Detrás de la ventana, una esbelta joven de cabellos dorados, envuelta en una cálida bata de abrigo, miraba distraídamente, casi absorta, el oscuro panorama que tenía ante sí, escuchando el manso rumor del agua que caía incesantemente.

En uno de los ángulos de la estancia, vasta, de gran amplitud, se divisaba una gran chimenea de piedra, ricamente labrada. En la repisa había un historiado escudo de armas, sostenida aquélla por dos figuras representando sendos leones rampantes, como sustitutivo de las columnas que hubieran debido soportar el peso de la repisa. Unos cuantos troncos ardían alegremente sobre los morillos, dos leones de hierro, idénticos, pero más pequeños que los de piedra. El fuego daba a la vez, luz y calor.

La mente de la joven estaba absorta en ciertos pensamientos no muy agradables. Chantal

D'Efferey

no se encontraba a gusto en el castillo y su ideal habría sido hallarse en París, en aquellos instantes, en lugar de verse obligada a permanecer en la fortaleza, pero por el momento no le cabía otra solución.

Al cabo de un rato, se volvió lentamente, dirigiéndose hacia una mesita, sobre la cual había una costosa cigarrera de nácar, adornada con un escudo de oro, exacta reproducción del que había sobre la repisa de la chimenea. Chantal abrió la caja, extrajo un cigarrillo y se lo puso en los labios.

Después de encenderlo, aspiró pensativamente el humo del tabaco, mientras volvía junto a la ventana. El dormitorio, espacioso, hasta el punto de poseer casi las dimensiones de una sala, tenía un gran lecho con pesado dosel de gruesas cortinas, sostenidas por cuatro gruesas columnas de caoba, de estilo salomónico, rematadas las dos de los pies del lecho por sendas cabezas de grifos alados.

En la antecámara inmediata sonaron de repente las campanadas

de un gran reloj de pared. Eran unas campanadas suaves, de delicada armonía, que evocaban pretéritos tiempos de galantes marqueses y ruborosas pastorcillas de Watteau. Parecía como si alguien hubiera colocado dentro de la caja del reloj, en lugar de la sonería de las horas, un clavecín de los días mozartianos.

Las campanadas se repitieron hasta doce veces. Las notas de la última quedaron flotando en el ambiente, desvaneciéndose poco a poco, alejándose con infinita lentitud, hasta apagarse del todo.

Entonces, los bellos ojos de Chantal

D'Efferey

se desorbitaron.

El cigarrillo se le escapó de unos dedos repentinamente sin fuerzas.

La joven, sin embargo, no prestó atención al hecho de que la costosa alfombra persa, traída en la Edad Media por mercaderes venecianos, se quemase con el pitillo. En aquellos momentos, Chantal se sentía demasiado aturdida, incluso estupefacta, para preocuparse por un detalle semejante.

Incluso estaba ligeramente amedrentada.

Caminando hacia el castillo, indiferente por completo a la espesa lluvia que caía, una persona se movía con tranquilo paso, como si en lugar de hallarse en el centro de una noche infernal, disfrutase de los agradables placeres de un nocturno paseo estival.

Pero el individuo no habría sido visible, de no emitir una fosforescencia rojiza, muy tenue; lo suficiente, sin embargo, para constituir una cáscara o envoltente alrededor de su cuerpo. Y lo extraño del caso era que la lluvia resbalaba sin mojarle, como si poseyera la extraña facultad de repeler las gotas de agua antes de entrar éstas en contacto con su cuerpo.

Aún existían otros motivos de fascinación para Chantal. Aquella persona no pertenecía a su época.

El hombre vestía de una manera perdida ya en la noche de los tiempos: botas de cuero español, altas hasta medio muslo, adornadas con unas enormes espuelas de cinco puntas en la rodela; larguísima tizona al cinto, pendiente de un historiado tahalí que le cruzaba en banda el pecho; una reluciente coraza de finísimo acero milanés y, como remate, un casco puntiagudo del mismo metal, sin visera protectora ni otro adorno que la propia cogotera.

Durante unos momentos, aquella espectral aparición se paseó casi por debajo de la ventana en donde la dueña del castillo la contemplaba con los ojos abiertos de par en par. De repente, desapareció.

Chantal sufrió un fuerte estremecimiento. ¡Era imposible!

Forzó la vista, tratando de hallar el lugar por donde se había esfumado el fantasma, porque íntimamente estaba convencida de que se trataba de un fantasma. Pero todos sus esfuerzos resultaron baldíos.

—Es imposible, imposible —murmuró—. Y, sin embargo...

Dejó la frase sin concluir, mientras se retorció las manos en busca de una solución. Se paseó nerviosamente por la estancia durante unos momentos hasta que, de repente, su vista se fijó en un objeto que había sobre una mesita adosada al muro.

El castillo era antiguo, pero sus sucesivos moradores se habían ido preocupando de, en cierto modo, acompasar su decoración interna a las épocas en que habían vivido. Por lo tanto, no era de extrañar que hubiera un aparato telefónico sobre la mesita, aunque de un aspecto ya anticuado.

Chantal levantó el auricular y golpeó la horquilla con el dedo, nerviosamente. Al fin, una voz llegó hasta su oído a través de la placa vibratoria.

—Aquí central. Hable, castillo.

—Señorita, soy Chantal

D'Efferey.

Necesito una conferencia telefónica inmediatamente.

—Muy bien, señorita

D'Efferey

—contestó la telefonista—. Deme el número, por favor. Tomaré nota...

La voz de la telefonista se extinguió súbitamente. Chantal miró el teléfono llena de extrañeza y luego se lo aplicó de nuevo a la oreja, al mismo tiempo que volvía a golpear varias veces la horquilla. Pero no recibió otra respuesta que unos metálicos «clicks».

Chantal tardó algunos segundos en comprender que, por la causa que fuera, el teléfono había dejado de funcionar. Entonces, cuando supo que, por lo menos en aquella noche, no podría

utilizarlo, decidió actuar sin más pérdida de tiempo.

A la cabecera del lecho había un cordón, del cual tiró varias veces con enérgicos movimientos. Espero, fumando otro cigarrillo con rápidas chupadas, hasta que alguien, con mucho sueño en los ojos, apareció en la puerta del dormitorio.

Martine, la doncella, se cuidó muy mucho de expresar en voz alta los desagradables pensamientos que le sugería el hecho de haber sido arrancada del más agradable de los sueños. Al fin de cuentas, el sueldo era magnífico y...

—¿Desea algo la señorita? —preguntó, esforzándose por ahogar un bostezo que le subía a la boca.

—Sí, Martine —contestó Chantal—. Prepare mi equipaje. Nos marchamos inmediatamente.

La boca de la doncella formó una redonda y estupefacta O. Sus cejas se alzaron.

—¿Que nos...?

—Sí, Martine —reafirmó la joven, dominando su impaciencia—. En el acto. No quiero perder aquí más tiempo del estrictamente necesario.

—Pero, señorita... —objetó Martine con acento temeroso—, está lloviendo a cántaros. Quizá el río se ha desbordado y la carretera esté cortada...

Chantal pateó el suelo con gesto de enojo.

—Haga el favor de no discutir mis órdenes, Martine. Asuntos muy urgentes motivan mi partida inmediata. Puede comprender —añadió con cierta ironía—, que no lo hago por gusto y que yo soy la primera en lamentarlo.

Martine dirigió mentalmente una corta oración a San Exuperio, santo de su particular devoción, pidiéndole paciencia, y asintió:

—Como ordene la señorita. Iré a hacer las maletas en seguida.

—No se olvide también de avisar a Gastón —advirtió la joven—. En cualquier otra circunstancia, conduciría yo misma el coche, pero esta noche necesitaré de su pericia.

—Sí, señorita —suspiró la doncella.

Mientras se retiraba, se preparó a soportar estoicamente el roción de improperios que la dirigiría el chofer.

«Como si yo tuviese la culpa —pensó—. No hay como nacer rica para aburrirse y fastidiar a los demás. Mira que ir a París con esta

noche de perros. Porque, a mí, que no me digan; va a París. ¿A qué?».

Se encogió de hombros. Unos momentos después, golpeaba con los nudillos la puerta de dormitorio del chofer.

—¿Quién es? —preguntó una voz soñolienta desde el otro lado de la puerta.

—Martine, Gastón.

—Entra —dijo el chofer descaradamente—. Precisamente, hace una noche de mil demonios...

Martine le contestó con una frase imposible de transcribir. Luego dijo:

—Vístete en el acto y prepara el coche. La señorita lo ordena. En el acto, ¿me has oído?

Los juramentos emitidos por el chofer poseían una rica variedad. Martine disfrutó mucho al oírle.

CAPÍTULO II

La habitación era enorme, con unas grandes estanterías repletas de libros adosadas a las paredes. En un rincón había una alta escalera, sostenida por un pie cuadrangular dotado de ruedas, con el fin de poder trasladarse con toda comodidad de un lado a otro, para la búsqueda de cualquier ejemplar que no pudiera alcanzarse a mano.

Las estanterías de la vasta biblioteca se interrumpían únicamente en los lugares donde aparecían los huecos de las ventanas. Pero continuaban incluso por encima de éstas, como tratando de aprovechar al máximo todo el espacio disponible.

En uno de los rincones de la biblioteca se divisaba una enorme mesa de despacho, tras la cual un hombre trabajaba con notorio ahínco. Tenía en la mano derecha una gran lupa de aumento, con la cual examinaba un viejísimo pergamino que trataba con infinito cuidado.

A través de las ventanas cerradas llegaba el monocorde sonido de la lluvia. Pero el hombre que trabajaba no se preocupaba en absoluto del tiempo. Toda su atención estaba concentrada en la apasionante labor de descifrar el pergamino que tenía entre manos, labor a la cual llevaba ya entregado muchos días.

La escritura aparecía en el pergamino, corroída a veces, borrosa por el tiempo o incluso, con más de una palabra devorada por algún roedor poco respetuoso con las cosas dignas de veneración. De súbito, el hombre lanzó una sonora exclamación.

—Ya está. Bueno, casi está —se corrigió al momento.

Reclinóse en el sillón de alto respaldo y leyó lentamente.

... este rescate que no llega... estoy condenado a muerte injust... Pero, mi espíritu seguirá viviendo hasta que... dinero pedido a mi

real primo llegue un día y sirva para rescatar mi alma...

La escritura se interrumpía en aquel punto, para seguir más abajo. La letra, sin embargo, difería. Resultaba obvio que estaba trazada por otra mano y que, el hombre que escribiera la segunda parte de tan singular mensaje, era menos letrado que el anterior. El investigador poseía los suficientes conocimientos grafológicos para saber que el autor de la segunda parte de la escritura era hombre más de armas que de letras.

... y no habiendo llegado a tiempo con el rescate... he decidido guardarlo. No saldré yo tampoco con vida... pero ellos no tendrán el dinero... se lo entregaré a una señora... una dama que hizo morir a todos sus enamorados... Todos cuantos la adoraron murieron... ella guardará el dinero... vieja dama... para que así se cumpla la voluntad de mi señor... y sirva el din... para rescatar un día su alm...

Ya no había más legible en el pergamino. Todo lo que se podía ver, fuera de las palabras precedentes, eran borrones y letras difuminadas tanto por la implacable acción de los siglos como, por la voracidad de los roedores que no habían tenido tiempo suficiente, sin embargo, para arruinar por completo el pergamino.

Durante largo rato, el investigador continuó sumido en la silenciosa contemplación del pergamino, bajo la única lámpara encendida en la habitación que, situada sobre la mesa, dejaba el resto de la biblioteca, prácticamente en tinieblas. De pronto sonó un chasquido y levantó la cabeza.

Un hombre penetró en la pieza y se encaminó con paso rápido hacia la mesa. El investigador se puso en pie.

—Lo hallé —dijo con moderado alborozo.

Los ojos del recién llegado brillaron súbitamente.

—¿Sí? ¿Es cierto?

—¡Mire! —El investigador le enseñó el pergamino—. El tesoro existe. La leyenda del rescate no es una fábula, sino una realidad. Aquí lo dice —su dedo índice golpeó el pergamino repetidas veces.

—Muy interesante —dijo el otro, contemplando el pergamino por encima del hombro del investigador. Y repitió—: Muy interesante.

—Eso quiere decir que es una verdadera fortuna la que se nos entra por las manos.

El recién llegado le miró reflexivamente.

—Poco a poco —dijo—. Todavía no la tenemos.

—¿Cómo que «no la tenemos»? —El investigador parecía excitado—. Este pergamino vale millones. Literalmente, es dinero en el Banco.

—Yo no diría que la realidad lo sea tanto como usted piensa, amigo mío. Es cierto que el documento constituye un paso muy valioso, pero, en medio de todo, aún no sabemos dónde se encuentra el dinero del rescate.

El bibliómano pegó una leve patada en el suelo, sin poder dominar su impaciencia.

—¿Dónde ha de estar, si no es en el propio castillo? Cuando el agente enviado por el rey de Inglaterra para rescatar al prisionero, se encontró con la desagradable sorpresa de que éste, en contra de lo pactado, había sido asesinado, escondió el dinero, porque además, y según se deduce de la lectura del documento, sabía que también iba a morir, cosa que ocurrió, en efecto. El mensajero no quiso que el asesino se aprovechara de su crimen.

—Aquí dice que el rescate fue entregado a una mujer muy amada por los hombres —observó el otro reflexivamente—. ¿Quién pudo ser?

—Sólo mía —fue la firme respuesta del investigador—. Leonore D'Efferey, la que, según cuenta la Historia, fue una segunda Diana de Poitiers; y a los sesenta años era aún tan bella, que los caballeros se disputaban, espada en mano, el favor de una sonrisa suya. Fueron muchos los hombres que murieron por Leonore D'Efferey, mon ami. Por lo tanto...

Una pálida sonrisa se dibujó en el rostro del hombre.

—Sus deducciones parecen muy acertadas, profesor. Creo que, al fin, sé dónde se encuentra el tesoro.

—Nos haremos ricos. ¡Ricos!

—Modere sus optimismos, profesor. Ese pronombre «nos» sobra. El bibliómano le miró extrañado.

—No le entiendo —dijo—. Establecimos un acuerdo.

—Sí, claro, un acuerdo. —Una perversa sonrisa comenzó a dibujarse en los labios del sujeto.

El profesor creyó comprender.

—Me parece que sé lo que usted pretende —dijo—. Ahora que lo principal está ya resuelto...

—Usted lo ha dicho, profesor. El tesoro será para mí. Únicamente para mí.

—¡Canalla! —barbotó el bibliómano, arrojándose sobre el que ya consideraba su peor enemigo.

Éste no se inmutó. Cuando el investigador estaba a punto de alcanzarle el cuello con las manos, estiró su brazo derecho, asestando un golpe seco y fuerte.

El investigador sintió un frío terrible en el pecho. Las piernas le temblaron de pronto.

—¡Oh! —se quejó, bajando la vista hacia su chaleco, en donde acababa de surgir el mango de una antigua daga. Súbitamente, emitió un ronco gorgoteo, giró sobre sus talones y se derrumbó de espaldas al suelo, con los ojos fijos en un punto del techo.

El asesino esperó a que cesaran los últimos movimientos de su víctima. Sacó el estilete con todo cuidado y limpió la hoja en las ropas del cadáver. La herida apenas sangraba.

Acto seguido, guardó de nuevo el puñal y se acercó a una de las ventanas, cuyos batientes abrió en el acto. El espeso rumor de la lluvia penetró al instante, junto con una estremecedora bocanada de humedad.

El asesino cogió en brazos el cuerpo de la víctima y lo lanzó por la ventana. El cuerpo no hizo el menor ruido al caer; la ventana daba a un plano inclinado, que terminaba en una profunda y suave corriente de agua, contra la cual chocó el cadáver con tenue chasquido. El asesino escuchó unos momentos y luego, satisfecho, volvió a cerrar la ventana. El rumor de la lluvia se atenuó en el acto.

A continuación, recogió el pergamino que dobló de cualquier manera y guardó en un bolsillo de su chaqueta. Apagó la luz y salió de la biblioteca.

Martine tocó en la puerta con los nudillos. Entró cuando le fue concedido el permiso.

—El coche está preparado, señorita —anunció.

Chantal terminó de ponerse los guantes, se ajustó con gesto maquinal el cinturón del impermeable y echó a andar con paso

firme y elástico.

Descendió por una colosal escalinata, flanqueada por refulgentes armaduras guerreras y llegó al final a un gran zaguán, en donde la esperaba un «D. S. 19», negro. Los faros del automóvil, ya encendidos, ponían dos brillantes conos de luz en las tinieblas de la noche, los cuales eran atravesados incesantemente por miríadas de gotas de lluvia.

Gastón, el conductor, gorra en mano, abrió la puerta. En el momento en que Chantal se disponía a penetrar en el coche, un sujeto llegó a todo correr hasta aquel punto.

—¡Señorita!

Chantal se volvió.

—¡Ah! Hola, Faintenac.

—¿Cómo está, señorita? Si no tiene inconveniente, me gustaría acompañarla. La noche está tan...

Chantal sonrió comprensivamente.

—Es usted muy amable, Faintenac. Agradezco sinceramente su gesto. Pero...

—Por favor, señorita. Creo que no viviría tranquilo si no supiera por mí mismo que su viaje se ha desarrollado sin el menor contratiempo.

—Muy bien —accedió la encantadora joven—. Venga conmigo, Faintenac.

Unos momentos después, el coche partía del zaguán, sumergiéndose en la espesa cortina de lluvia que continuaba cayendo incesantemente.

CAPÍTULO III

Al oír el zumbido del llamador, Pierre L. Brawton levantó la cabeza.

—¿Quién será? —murmuró.

Estiró los brazos con gesto voluptuoso. Luego, de repente, hizo una mueca. Bajó los pies de la mesa y con paso tranquilo, se encaminó hacia la puerta. Era un sujeto alto, de un metro noventa al menos, con un corpachón adecuado a su estatura y cuyos perezosos movimientos engañaban a todo aquel que no le conocía. Pierre L. Brawton era capaz de conseguir los once segundos para los cien metros y su puño poseía la suficiente potencia como para derribar a un buey de un solo golpe.

Tenía el cabello claro y los ojos azules. Su rostro poseía una expresión estólida, tan engañosa como la pesadez de su corpulencia. En realidad, poseía un cerebro vivo y despierto, oculto tras una apariencia de hombre ocupado más en el cultivo de los músculos que del intelecto. Algunos sujetos que habían menospreciado esta cualidad del joven, Brawton había cumplido apenas los treinta años, habían sufrido decepciones bastante desagradables.

Abrió la puerta. Una joven de buena estatura, envuelta en un impermeable de color amarillo vivo y calzada con botas de goma, con un paraguas cerrado en las manos, le miró curiosamente.

—¿El señor Brawton? —inquirió la muchacha.

—Sí, yo mismo. —Brawton se dio cuenta al instante de que bajo el impermeable había un esbelto cuerpo de curvas finas y armoniosas, pero compactas. El cabello de la joven era negro y sus pupilas poseían un extraño tono gris, de agradable contraste—. Pase usted, señorita...

—*Tours*, Aline *Tours* —contestó ella, agradeciendo la invitación

con un breve movimiento de cabeza.

Brawton la condujo hasta su despacho.

—Siéntese, señorita *Tours*. ¿Un cigarrillo? —ofreció.

Aline lo rechazó.

—Muchas gracias.

Hubo una corta pausa de silencio. El agua resbalaba mansamente por los vidrios de la ventana.

—Usted dirá, señorita *Tours* —expresó Brawton al cabo.

—Vengo a verle por el anuncio que usted publicó en la sección de empleos del...

—¡Oh! —la decepción se pintó en el rostro del joven—. Creí que venía usted a encomendarme algún trabajo.

—¿Trabajo? ¡Pero, si precisamente vengo a solicitarlo! ¿No es ésta la agencia de detectives Brawton y Compañía?

El joven soltó una amarga risita.

—Verá, señorita, de la firma Brawton y Compañía, falta precisamente la mitad. La Compañía, para que lo entienda.

—No... no entiendo —dijo ella. Su lindo rostro mostraba consternación.

—Eramos dos socios. El... la Compañía se largó ayer con todo el capital social y un satélite con faldas adherido al capital social.

—¿Es... cierto lo que me está usted diciendo, señor Brawton?

El joven movió la cabeza afirmativamente.

—Como lo está oyendo. Sí, pusimos un anuncio; necesitábamos una secretaria, pero desde el momento que mi socio desapareció con el dinero de la empresa, temo que la agencia esté hundiéndose a pasos agigantados. Hablándole con toda franqueza, mi socio, ya no le llamo amigo, claro está, me dejó solo con una docena de francos en el bolsillo.

—¿Y no sabe dónde está? —Aline se dio cuenta demasiado tarde de la puerilidad de su pregunta.

Brawton abrió las palmas de las manos.

—Chi lo sa —respondió—. Escandinavia, el Mediterráneo... Habíamos realizado unas economías a fuerza de mucho trabajo, disponíamos los dos de la cuenta corriente, ¿sabe?, pero esas economías, en lo que a mí concierne, se han volatilizado. —Brawton señaló un montón de periódicos con la mano—. También yo estoy recorriendo las columnas de ofertas de trabajo. Tendré que

abandonar mi trabajo detectivesco y emplearme de conductor de camión o para manejar una pala excavadora, lo que salga, en fin.

Aline bajó la cabeza.

—Lo siento —murmuró—. Esperaba tanto de este trabajo...

—¿No tiene usted empleo, señorita? —preguntó él, repentinamente interesado.

Ella movió la cabeza en silencio.

—Repito que lo siento —murmuró el detective—. Mi socio me jugó una mala pasada, ésta es la verdad.

Aline se mordió los labios. Luego, muy despacio, se puso en pie, esforzándose por sonreír.

—Discúlpeme, señor Brawton.

—No hay de qué, señorita. Creo que usted hubiese ocupado el puesto perfectamente...

El timbre de la puerta sonó de nuevo. Los dos jóvenes miraron a una en aquella dirección.

Brawton sintió de pronto una corazonada. ¿Y si se trataba de un trabajo? De su socio, era seguro que no; los veintidós mil francos que se había llevado le habrían conducido, a buen seguro, en unión de su satélite con faldas, a cualquier remoto rincón del globo. Pero si se trataba de alguien que venía a encomendarle un trabajo, ¿no estaría muy puesto en razón el demostrar que en su oficina reinaba una actividad continua?

—Escuche —dijo en voz baja—, quítese el impermeable. Va a fingir que es mi secretaria... pero sólo si vienen a encomendarme algún trabajo, ¿estamos?

Aline era de rápida comprensión.

—De acuerdo —contestó.

Brawton se dirigió a la puerta y la abrió. «Vaya, hoy, además de agua, caen mujeres bonitas», pensó. Y contempló muy interesado a su nueva visitante.

—El señor Brawton, supongo —dijo la recién llegada.

—El mismo, señorita. ¿Tiene la bondad de pasar a mi despacho?

—Brawton tenía la certeza de que su suerte estaba a punto de cambiar.

—Gracias.

El joven admiró el paso largo y elástico, lleno de gracia, de su visitante. Cerró la puerta y la siguió. Al llegar a su despacho, vio a

Aline, sentada en actitud de trabajar ante una máquina de escribir.

—Siéntese, por favor, señorita...

—Chantal

D'Efferey.

Brawton arqueó las cejas. Abrió su pitillera y la alargó hacia la visitante.

—La señorita *Tours* es mi secretaria, señorita

D'Efferey.

Chantal hizo una levé inclinación de cabeza en dirección hacia Aline, la cual correspondió del mismo modo. Cuando Brawton le hubo encendido el cigarrillo, expulsó el humo y luego dijo:

—Señor Brawton, tengo entendido que hace años presentó usted una tesis en la Sorbona sobre el tema «Historias y leyendas de los castillos de Francia hasta 1500».

El joven arqueó las cejas.

—Así es. Pero ¿cómo?...

—Antes de venir a verle a usted, hice realizar algunas discretas averiguaciones. ¿Por qué usó entonces su primer apellido Lemaire?

El joven sonrió de mala gana.

—Mi madre era Brawton, hija de americano. Uso su apellido porque de este modo, la agencia... en fin, usted ya me comprende.

Chantal asintió con la cabeza.

—Desde luego. P. L. Brawton y Compañía suena bien en la guía telefónica, sección de agencias de información.

—Exactamente, señorita

D'Efferey.

—Muy bien —aprobó la joven—. Entonces, le supongo enterado de la leyenda del castillo de

D'Efferey,

del cual soy la actual propietaria.

—A grandes rasgos. Debo confesar —añadió el joven, sonriendo—, que aquella tesis, fue un poco chifladura mía. En tiempos tuve la pretensión de llegar a ser profesor de Historia Medieval, pero hace casi diez años que olvidé tales ansias.

—Entonces, no le importará que le repita yo, con algunos detalles, la mencionada leyenda. O quizá estoy haciéndole perder el tiempo.

—Mi tiempo es de mis clientes, señorita

D'Efferey.

Es decir, presumo que usted es una cliente mía.

—A eso he venido, precisamente —contestó la joven—. Bien, si no le importa, le haré una relación de ciertos acontecimientos estrechamente unidos a la historia del castillo de D'Efferey.

—Muy bien. —Brawton entrelazó sus manos—. Adelante, la escucho a usted.

Chantal empezó a hablar.

—Procuraré ser breve. A finales del siglo xv, las relaciones entre Francia e Inglaterra, debido a diversos motivos que ahora no vamos a analizar precisamente, no eran muy cordiales. Una especie de guerra fría, pero que al fin, se calentó tanto, que Enrique VII Tudor, monarca entonces reinante en Inglaterra, decidió acabar con aquel estado de cosas y atravesó el canal con un buen golpe de tropas. Por aquel entonces, reinaba en Francia Carlos VIII, a quien luego sucedería el astuto Luis XI.

»La cosa, desde luego, no se formalizó en una guerra general. Batallas de poca monta, mejor llamadas escaramuzas; correrías aquí y allá; tal o cual incendio de algunas mísera aldea y pillaje en, relativamente, pequeñas dosis. Una guerra, en suma, de las que apenas si se tiene noción histórica. Tanto es así que muy poco tiempo después, Enrique Tudor, dándose cuenta de que no había adelantado nada y que sus progresos no le resolverían ningún grave problema, decidió reembarcarse. Los unos se fueron con el honor satisfecho, según su particular punto de vista, claro está; y los otros, los que se quedaban, respiraron con alivio. Lo que en un principio había parecido podía ser una colosal tempestad, quedó reducido a un insignificante chaparrón de verano. ¿Se aburren ustedes? —preguntó Chantal de pronto.

—¡Oh, no, no! —exclamó Aliñé—. Su narración resulta interesantísima. Prosiga, por favor, señorita D'Efferey.

—Muchas gracias. Hasta ahí, lo que atañe a la historia común de ambos países. Ahora viene lo que me interesa a mí particularmente y que es el motivo de mi visita.

»En aquella guerra pequeña, hubo combates individuales y escaramuzas aisladas. No faltaron los duelos y torneos

caballerescos, tino de cuyos principales animadores, en todo momento, fue el conde Heray Molyneux Agelcourt, cuarto conde de Agelcourt y pariente muy próximo del rey de Inglaterra. Éste, Enrique séptimo, tenía al conde eh grandísima estima, llegando a considerarlo, incluso, como un hermano. Pero en una de esas escaramuzas a que me he referido, el conde de Agelcourt tuvo la mala suerte de que su caballo resultara mortalmente herido.

»Su desventura fue que no tuvo tiempo de sacar el pie del estribo y quedó atrapado por la pierna bajo el caballo. Esto le hizo caer prisionero de un tal François

D'Efferey,

antepasado mío.

Brawton sacó cigarrillos. Después de encender el suyo, Chantal prosiguió la narración.

—Naturalmente, François

D'Efferey

pidió un rescate por su prisionero, tal como era la costumbre generalizada de la época, cosa por la que nadie se ofendía. Si acaso, pudieron parecer exageradas sus pretensiones, a causa de la exorbitante cantidad en que evaluó la libertad del conde de Agelcourt, pero, salvo este detalle nadie se ofendió por la petición de rescate.

»Resulta lógico suponer que no se dispusiera de una cantidad tan grande en el campamento inglés, por lo que hubo de ser enviada a buscar a las islas. Mientras tanto, Enrique de Inglaterra reembarcó con su ejército, prometiendo remitir el dinero para rescatar a su primo. El suceso le había afectado muchísimo y se prometió no descansar hasta tenerlo a su lado. Así pues, el prisionero siguió a su aprehensor hasta el castillo de

D'Efferey,

una imponente fortaleza cuyos orígenes se remontan al siglo XII y que, aun hoy en día, tiene el mismo aspecto que ocho siglos atrás.

Chantal hizo una pausa. Aspiró el humo, sacudió la ceniza del cigarrillo y prosiguió:

—En tanto llegaba su rescate, Agelcourt permaneció en el castillo, tratado como huésped de honor, literalmente a cuerpo de rey. El tiempo no contaba y

D'Efferey

sabía que su prisionero y el rey de Inglaterra eran hombres de palabra.

»Al fin, el rey inglés consiguió reunir la suma pedida y envió a uno de sus hombres de confianza, un capitán de su guardia, de fidelidad a toda prueba, quien se encargó de llevar el rescate y acompañar a la vuelta al prisionero. Para mayor seguridad, el capitán viajó como una persona corriente; los caminos eran muy inseguros y resultaba conveniente no despertar la atención de los salteadores que pululaban por todas partes.

»Pocos días antes de su llegada, sin embargo, el conde había sido arrojado brutalmente a una mazmorra, de las clásicas de aquellos tiempos; y apenas vio el cambio de situación, se dio cuenta de que ya no le quedaba mucho tiempo de vida. En consecuencia, obró como pudo y, aprovechándose de que, en medio de todo, aún tenía cierta comunicación con los servidores del castillo, sobornó a uno de ellos, entregándole una valiosa sortija con un diamante, a fin de conseguir recado de escribir. Cosa rara en sus tiempos, Agelcourt era letrado; los nobles tenían a menos aprender lo que estaba reservado a monjes y preceptores.

»El caso es que dejó constancia de lo que presentía iba a sucederle y que, al fin, le sucedió. Una noche, el ejecutor bajó al sótano y al estilo turco, le estranguló con un cordón de seda.

Aline dejó escapar una exclamación de horror.

Chantal sonrió.

—Así eran las gentes de la época, señorita *Tours*.

—Dispénseme —murmuró Aline, sonrojándose.

—Oh, no tiene importancia. Bien, continuaré. Fuera o no mi antepasado, cosa que no me importa por el momento, puesto que no he venido aquí a limpiar su nombre de una posible infamia, el caso es que alguien, su nombre jamás se ha sabido, debía tener interés en envenenar las relaciones entre ambos monarcas y para ello se sirvió del prisionero.

»El capitán que transportaba el rescate permaneció una temporada en el castillo, entretenido con diversos motivos, sin dejarle ver —era lógico, puesto que ya no existía—, al conde de Agelcourt. El oficial, desde luego, no quiso entregar el rescate y barruntándose algo non sancto, escondió el fabuloso tesoro de que había sido portador. No pudo hacerlo solo, desde luego; pero

aquellos hombres ignoraban el sentido de la palabra escrúpulos y a los dos hombres a quienes convenció para que le ayudaran, los degolló, a fin de que no pudieran repetir lo que habían visto. Les pagó con sangre, ¡la suya propia! —Chantal no pudo evitar el dramatizar un poco al concluir el párrafo.

Al llegar a este punto, hubo una pequeña interrupción.

Brawton dijo:

—Seguramente, señorita

D'Efferey

querrá tomar una taza de café. Lleva hablando demasiado rato y...

Ella sacudió su cabeza, cuidadosamente peinada.

—Muchas gracias, señor Brawton —respondió—. Si no le importa, prefiero terminar de una vez.

El detective hizo un gesto de aquiescencia.

—A su gusto, señorita.

—Muy bien, entonces, le diré que siguiendo el desarrollo de los acontecimientos, hubo de llegar el tiempo en que el mensajero del rey de Inglaterra debía ser también eliminado. Primeramente, y según se deduce de los escasos testimonios que poseemos, debió ser torturado hasta la saciedad, aunque hombre fuerte, resistió todos los tormentos y nunca declaró dónde había escondido el tesoro. Al final, acabaron por matarlo.

Brawton se reclinó hacia atrás en su sillón, a la vez que miraba fijamente a la joven.

—De sus palabras, señorita

D'Efferey,

debo deducir que usted desea que nosotros encontremos el tesoro.

—Así es —manifestó ella en tono firme—. No tengo por qué negarlo; la hipocresía no figura entre mis defectos. Francamente, me gustaría encontrar el tesoro. Al cabo de quinientos años, no ha podido ser hallado, pese a los esfuerzos realizados en tal sentido a lo largo de las épocas.

—¿Y usted confía en que nosotros, es decir, prácticamente unos desconocidos, encontremos ese tesoro?

—Ciertamente —respondió Chantal sin inmutarse—. Pero es que hay todavía una segunda razón por la cual deseo que vayan al castillo. Quiero que, encontrando el tesoro, rescaten el alma del fantasma del conde de Agelcourt.

CAPÍTULO IV

Brawton se quedó boquiabierto.

—Rescatar un fantasma —dijo.

Chantal movió lentamente la cabeza.

—No crea que estoy loca, señor Brawton. Anticipándome a otras posibles manifestaciones de incredulidad, le diré que yo misma he visto al espectro. La leyenda dice —agregó— que una vez hallado el tesoro, el fantasma desaparecerá y su alma descansará para siempre. A lo que parece, el conde de Agelcourt lanzó esa maldición en el momento de morir, con el fin de molestar a los descendientes del marqués de

D’Efferey.

Brawton se pellizcó la mandíbula con gesto preocupado.

—Y usted quiere que nosotros... ¿Tiene plena seguridad en que podamos conseguirlo?

—Usted es un hábil detective, señor Brawton, además de un experto en historia medieval y sus leyendas. Chantal sonrió intencionadamente. —No me irá a decir ahora que esta del castillo de

D’Efferey

le parece una fábula inventada por aldeanos crédulos e ignorantes.

—Mire usted, señorita —dijo el detective—. Hablando en serio; me siento más inclinado a creer en la existencia del fantasma que del tesoro. Son cinco siglos, recuérdelo. El tesoro ha debido ser hallado en el transcurso de los tiempos. Sí, recuerdo algunas cosas que estudié sobre

D’Efferey

y sé que es un castillo enorme, con muchos recovecos, rincones y pasadizos ignorados. Pero al cabo de quinientos años, forzosamente

ha tenido que entregar su secreto.

Chantal hizo un gesto negativo.

—Le aseguro que no, señor Brawton. A partir de entonces, se ha llevado en nuestra familia un registro minucioso de cuantas investigaciones se hicieron sobre el paradero del tesoro. Puedo asegurarle contundentemente que jamás ha sido hallado.

Brawton hizo un ademán afirmativo.

—Muy bien, señorita

D'Efferey.

Puesto que usted lo desea así... haremos lo que podamos, tanto por desembarazar al castillo de un fantasma tan molesto, como por encontrar el tesoro que, a lo que parece, no es grano de anís.

Chantal sonrió.

—Desde luego, señor Brawton. —Abrió su bolso, un costoso objeto de piel de cocodrilo, y extrajo de su interior un rectángulo de papel doblado en dos, que depositó sobre la mesa—. Éste es un pequeño anticipo a cuenta de sus honorarios... que ascenderán al diez por ciento del tesoro cuando sea encontrado.

Brawton tuvo que dominarse para no dar un salto de alegría. No creía demasiado en historias de fantasmas y tesoros, pero el acento de su interlocutora era demasiado convincente para no sospechar un cierto fondo de verdad en todo aquel asunto.

Chantal tenía aún que decirles algo.

—A fin de evitar suspicacias, se alojarán en el castillo como invitados míos. A usted, señor Brawton, puesto que estuvo a punto de licenciarse como profesor de Historia, no le será difícil desempeñar un papel semejante. La señorita podría fingir ser su esposa... ¡Oh! —Se sonrojo la joven—, tendría que facilitarles entonces una habitación común y...

—Puedo aparentar ser su colaboradora en la investigación —declaró Aline audazmente.

—Es una excelente idea —aprobó la joven. Se puso en pie—. Espero verles antes de una semana en Efferey. —Movi6 la cabeza dos veces—. Señor Brawton, señorita...

Después de que se hubieron quedado solos, Brawton volvió la cabeza hacia la muchacha. Aline bajó los ojos avergonzada.

—Muy bien —dijo, el detective—. De modo que ya ha conseguido el empleo.

—Lo siento, señor Brawton —murmuró ella—. De todas formas, si no me cree capaz, aún está a tiempo de...

Brawton agitó la mano.

—Oh, ya no importa. Además, ella le cree mi secretaria. Podría cancelar el encargo si me viese llegar solo. —Frunció el ceño—. Señorita *Tours*, debo decirle sinceramente que no puedo garantizarle el empleo después de que hayamos terminado en el castillo de D'Efferey.

—Bien —repuso Aline—, al menos podré contar que durante una temporada he disfrutado de algunas emociones, señor Brawton. Y... —vaciló un momento—. Ahora, hablando con claridad entre los dos, ¿usted cree en esta leyenda?

Brawton se acarició pensativamente el mentón.

—Indiscutiblemente, todas las leyendas tienen un fondo de verdad. Quizá se trata de un suceso aislado, que luego la fantasía popular engrandece y aumenta, incluso de manera desorbitada, pero casi siempre con un poético embellecimiento de los hechos que éstos no tuvieron en la realidad. Por supuesto, no creo en la existencia del espectro del conde de Agelcourt, aunque es evidente que a veces actúan fuerzas sobrenaturales de las cuales no tenemos ni la más remota idea. Estas visiones, las de los espectros quiero decir, son presenciadas, generalmente, por personas dotadas de una singular hiperestesia síquica, que les hace crear hechos y sucesos en su imaginación, más o menos derivados de otros que sucedieron en la realidad, hechos y sucesos que ellos «creen» ver, con tanta firmeza, que los confunden con la realidad. A mi entender, esto es lo que sucede con la señorita D'Efferey.

—Entonces, un siquiatra la calificaría de iluminada o algo por el estilo —apuntó Aline.

—Muy posiblemente. Aunque la torturasen hasta morir, ella juraría siempre que vio el fantasma, y lo más seguro es que confundiese sus deseos de verlo con la realidad, de tal modo que no puede deslindar en su mente, qué es lo tangible de lo ficticio.

—Pero si encontramos el tesoro... —dijo Aline—. El tesoro ya parece algo más positivo, ¿no cree? Un saquete de monedas de oro puede existir o puede no existir, pero si existe es tangible, real,

sólido.

—En eso tiene usted razón —concordó el joven—. Es posible que lo del tesoro, aun pareciendo leyenda, sea realidad. En aquellos tiempos, era costumbre rescatar a los prisioneros por medio de fuertes sumas.

—¿A cuánto ascendería, en moneda de hoy?

Brawton la miró de soslayo.

—Ya tenemos el practicismo de las mujeres —dijo sonriendo—. No puedo asegurárselo. Hay que añadir al valor intrínseco de las monedas, el valor artístico. No olvidemos que se trata de piezas acuñadas hace más de quinientos años. Un millón de francos nuevos, dos... ¿quién sabe?

De pronto reparó en el cheque que Chantal había dejado sobre la mesa.

Tomó el papel, lo desdobló y leyó la cifra escrita en el mismo. Lanzó un silbido admirativo.

—Vaya —exclamó—, al menos, no se la puede calificar de tacaña.

Aline miró por encima de su hombro. Luego se retiró, sonrojándose.

—Me estoy comportando como una verdadera secretaria —dijo—. De todas formas, dos mil quinientos francos para empezar, no es una bagatela precisamente.

—Desde luego. —Brawton seguía sumamente pensativo. De pronto dijo—: Bien, puesto que se empeña en portarse como una verdadera secretaria, vaya a la habitación contigua y prepare dos tazas de café. Yo voy a ver qué encuentro mientras tanto entre mis antiguos libros, a fin de refrescar mis conocimientos sobre el castillo de

D'Efferey

y sus sucesivos habitantes.

—¿Está muy lejos de París? —preguntó la muchacha.

—A unos ciento sesenta kilómetros hacia el sur, a orillas del Loira. ¿Y dónde puede hallarse un castillo famoso y con leyenda, si no es en el valle del Loira?

CAPÍTULO V

La escalera de caracol se enroscaba alrededor de sí misma, hundiéndose en las profundidades, girando incesantemente alrededor de su pétreo eje, tallado cientos de años atrás.

Un hombre descendía por la escalera. Pisaba con todo cuidado los escalones, procurando no despertar los dormidos ecos del castillo.

El hombre iba cargado con varios artefactos, bastante pesados algunos de ellos, a juzgar por la inclinación de su columna vertebral. A medida que bajaba, dejaba tras de sí un rastro, un hilo que se enrollaba al eje de la escalera. Se alumbraba con una linterna que daba solamente luz al espacio que debían pisar sus pies.

Al acabarse la escalera, llegó a una especie de encrucijada subterránea abovedada, de la cual partían varios túneles. Muy lejos, allá arriba, se oía el inacabable rumor de la lluvia, cuyo incesante siseo llegaba con tenues notas monocordes a aquel lugar, situado en lo más profundo del castillo.

Se dirigió sin vacilar a uno de los túneles más cercanos a él, cuya longitud era de una docena de metros. El túnel estaba cerrado por una pesada puerta, de gruesos tablones y complicados herrajes, tan complicados, que casi cubrían en su totalidad la superficie de la madera. Con un suspiro de satisfacción, el hombre depositó los objetos que había traído en el suelo del sótano. Volvió sobre sus pasos y regresó quince o veinte minutos más tarde, cargado con más artefactos, imposibles de transportar en un solo viaje.

A continuación, metió la mano en sus bolsillos y extrajo una pesada llave, que insertó en la cerradura, sin dejar de alumbrarse con la linterna. Hizo girar la llave y luego empujó la puerta.

Apagó la luz en el acto. Los goznes, mal engrasados, acababan de emitir un chirrido de protesta. El sonido salió del túnel, se enroscó en la hélice de la escalera y se perdió en las alturas, confundándose con el leve chisporroteo de la lluvia.

El hombre escuchó durante unos momentos. Al cabo de un largo minuto, volvió a empujar la puerta, poniendo ahora más cuidado. Esta vez, el único ruido que se oyó fue un suspiro de alivio.

A continuación, el hombre introdujo los aparatos que había traído en la habitación. Una vez hubo concluido, cerró la puerta, dejando tan sólo una estrecha rendija de menos de medio centímetro, lo justo para que pudiera pasar el hilo que había traído consigo.

Alumbrándose siempre con la linterna, realizó una conexión al hilo, que no era otra cosa que un conductor eléctrico, destinado a hacer funcionar un potente reflector que figuraba entre los objetos que el sujeto había traído consigo. Una vez hubo hecho la conexión, dio media vuelta a un interruptor y el subterráneo quedó bañado en una vivísima luz blanca, especialmente enfocada hacia un determinado punto.

El proyector estaba montado sobre un trípode de dos metros de altura. El hombre lo movió unos centímetros, hasta ajustar el foco correcto de la luz.

El subterráneo era bastante grande, de bóveda baja, con unas nervaduras pétreas en su techo, las cuales se juntaban en el centro. A su alrededor veíanse numerosas tumbas y mausoleos, de diferentes personas, en cuyas losas superiores se apreciaban las reproducciones de los seres cuyos restos descansaban bajo las mismas. La mayoría eran estatuas yacentes; otras estaban en actitud orante y no faltaba tampoco la reproducción de un feroz guerrero medieval, apoyadas sus manos en la empuñadura de una descomunal espada.



Danbon lanzó un rugido de ira...

El hombre, sin embargo, no estaba interesado más que en una sepultura; precisamente, la que ocupaba el centro de la cripta y sobre la cual caía el poderoso chorro de luz. Temblando de excitación, se acercó al sarcófago.

La persona que labrara aquella maravilla debió ser un artífice en su género. Estaba magníficamente esculpida en un mármol

blanquísimo, sin la menor tacha, y la estatua, que representaba la imagen de una mujer, tenía la cabeza apoyada en un cojín del mismo material, en el cual habían reproducido con inimaginable fidelidad hasta los menores rasgos.

El escultor debió inspirarse sin duda en retratos muy anteriores a la fecha del fallecimiento de la mujer; tal era la belleza del marmóreo rostro. Las manos estaban cruzadas sobre el pecho y de toda la estatua emanaba una sensación de infinita paz y quietud. Los complicados atavíos femeninos de la época estaban reproducidos con minuciosa exactitud y arte inigualable; y en las paredes verticales del sarcófago, valiosísimo en sí como pieza de museo, se veían, en bajorrelieve, diferentes figuras alegóricas que debían representar algunos pasajes de vida de la dama.

La luz del reflector iluminaba crudamente la tumba, causando rotundas sombras en blanco y negro, como si se tratase de una fotografía con demasiada exposición. La sepultura tenía un trozo liso, destinado a contener los caracteres grabados de una sencilla inscripción en latín.

HIC LACET LEONORE
D'EFFEREY.
MCDXXVIII-MCDXCII^[1].

El hombre sacudió enérgicamente la cabeza, sustrayéndose así a aquella especie de morboso encanto que le había producido la contemplación del sarcófago. Sin perder ya un solo momento, comenzó a trabajar con ordenada prisa.

Sobre la tumba, empotrado en el techo, había un sólido gancho de hierro que había servido para colocar la tapa. La distancia del techo al suelo no era excesiva, por lo que el sujeto pudo alcanzar el gancho con la ayuda de una sencilla escalera de tijera.

Colgó un montón y pasó una cuerda por la roldanas. Bajó al suelo y comprobó con satisfacción la solidez del aparejo. Después, inclinándose, recogió del suelo una sólida barra de hierro, uno de cuyos extremos era plano. Sobre la tapa de la tumba, dejó apoyado un segundo motón. Con éste y con el primero, pensaba levantar la pesada cubierta del sarcófago, una vez hubiera conseguido

levantarla lo suficiente con la barra para introducir el otro gancho.

Cogió la barra de hierro con ambas manos y hurgó hasta encontrar el sitio preciso. Empujó fuertemente hacia adelante y luego hizo palanca con súbito esfuerzo. La tapa del sarcófago se levantó unos milímetros, crujendo sordamente, como si se quejara de la profanación a que era sometida.

El sujeto dio otro empujón a la barra, introduciéndola todavía un poco más. Luego se dispuso a realizar un nuevo esfuerzo.

Pero en el momento en que tensaba sus músculos, algo le hizo quedarse rígido, paralizado, como un actual remedo de las estatuas que yacían en la cripta.

—¿Necesita ayuda? —La voz poseía un indudable tono sarcástico.

El hombre se volvió, recuperado parcialmente de la sorpresa que le había producido la inesperada pregunta. La palanca de hierro estaba sujeta por la presión de la losa.

—Veo que es un trabajo muy duro el que está haciendo, mon ami —rió descaradamente el recién llegado—. Una persona sola no puede hacerlo. Dos se complementarían a las mil maravillas.

—Acabemos de una vez —dijo el primero, pasándose la manga por la frente, brillante de sudor. A pesar de la baja temperatura de la cripta de los

D'Efferey,

el trabajo y la potencia calorífica del proyector, le habían hecho transpirar copiosamente—. ¿Qué es lo que quiere?

—Poca cosa, señor —dijo el recién llegado. Señaló con la barbilla hacia el sarcófago—. La mitad de lo que hay ahí.

—¿Sólo la mitad? —Sonó una burlona risita.

—Oh, no es mucho. Piense que si la cosa se supiera, usted lo perdería todo.

SI recién llegado sonreía ampliamente, con la boca abierta de oreja a oreja.

—¿Y... si me negara a compartir contigo lo que hay ahí dentro, debajo de la tapa?

—¿Cómo? ¿Usted, señor, iba a ser tan desconsiderado con el pobre Danbon? Oh, no, no; yo no creo al señor tan egoísta como para quedarse solo con el dinero. Usted es muy caritativo, señor... y muy amigo de repartir las riquezas propias con los demás... cuando

los demás no pasan de uno. —Y al terminar, el llamado Danbon soltó una rotunda carcajada, que resonó con estridentes ecos bajo la cripta.

Sí hombre frunció el ceño.

—Supongo que tendrás alguna cosa con la cual obligarme a compartir contigo el tesoro, Danbon.

Éste sacó de pronto un revólver.

—El señor es muy listo. ¿Qué le parece este cacharrito? Un recuerdo de la resistencia. Funciona perfectamente. Algunos podrían decir algo de su funcionamiento... si estuvieran en condiciones de hablar.

El «señor» acabó por encogerse de hombros.

—Está bien —dijo—. Veo que no me queda otro remedio que acceder a la partición. Danbon, al trabajo —y con gesto enteramente natural, le dio la espalda.

Danbon rió sonoramente. Luego, con gesto confiado se guardó el revólver, a la vez que daba un paso hacia adelante.

—El señor es la mejor persona con quien me he topado en todos los días de mi vida. Seremos ricos, no lo olvide el señor. ¿Por dónde empezamos?

—Por aquí —dijo el sujeto, señalando la barra de hierro.

—Muy bien, señor. —Danbon asió con ambas manos la palanca. El otro apoyó también una mano, pero era la izquierda. En la derecha, súbitamente, acababa de aparecer un puñal de larga y afilada hoja.

Movió la mano con gesto centelleante, enterrando el puñal en el costado izquierdo del otro individuo. Danbon lanzó un rugido de ira al sentirse herido.

—Canalla —barbotó, comprendiendo la traición de que había sido objeto.

Pero ya se hallaba en franca desventaja con su antagonista. Aunque quiso echar mano al revólver, el otro le rodeó los brazos con el suyo, impidiéndole hacer el menor gesto defensivo.

El puñal entro y salió un par de veces más, con fuerza irresistible. Danbon volteó los ojos agónicamente. Un ronco gemido se escapó de su garganta.

Permaneció unos segundos en pie, mirando a su matador con odio infinito. De pronto, las fuerzas le fallaron y cayó al suelo.

El hombre lo contempló fríamente, sin el menor remordimiento por lo que acababa de realizar. Estuvo contemplando al caído hasta que vio cesar en éste todo signo de vida.

El hombre se limpió la frente con la manga.

—¡Maldito idiota! —juró.

Luego volvió a la tarea con renovados bríos, sin preocuparse en absoluto del cadáver que yacía a sus espaldas, Poco a poco, con movimientos lentos pero seguros, la palanca fue realizando su labor.

Finalmente, la losa quedó en disposición de ser izada. El asesino se frotó las manos y se dirigió al aparejo. Asió la cuerda y tiró.

El gancho de la bóveda crujió levemente, pero resistió. Un nuevo esfuerzo hizo que la losa fuera levantada lo suficiente para permitir ver lo que había en el interior del sarcófago.

El individuo sujetó la cuerda del aparejo, de modo que no se moviera la cubierta del sepulcro. Luego rectificó la posición del reflector, acercándolo cuanto pudo a su objetivo. Temblando de emoción se asomó al interior de la sepultura.

Un rugido de fiera se escapó de sus labios en el mismo instante. Retrocedió un par de pasos, vacilante, tambaleándose como un beodo, cubriéndose los ojos con las manos, mientras murmuraba unas frases incoherentes.

Transcurrieron unos minutos, durante los cuales, el hombre se esforzó por recobrar el equilibrio mental. Inspiró profundamente antes de acercarse de nuevo al sepulcro. Trataba de cerciorarse de que no había sido una ilusión de sus ojos.

Pero no, no había la menor duda. ¡El sarcófago estaba vacío!

Lo único que había en un rincón era un pequeño cofrecillo, sin valor alguno, en el que, tras un rápido vistazo, apreció había únicamente las cenizas de la que quinientos años atrás fuera una de las mujeres más bellas de Francia.

Del supuesto tesoro no había el menor rastro.

Aparte de las cenizas de Leonore

D'Efferey,

la tumba estaba tan vacía como si no hubiera contenido jamás otra cosa.

—¡Maldito impostor! —El asesino se refería al bibliómano, muerto a sus manos días antes.

Durante unos momentos permaneció inmóvil, sumido en sus

meditaciones. De pronto reparó en el cuerpo de Danbon.

Una tenue sonrisa floreció en sus labios.

—Danbon —musitó—, condenado granuja, vas a tener una tumba como jamás la hubieras soñado.

CAPÍTULO VI

Pierre Lemaire Brawton lanzó un gruñido.

—¿Le sucede algo, jefe? —preguntó Aline.

—El tiempo. ¿Le parece poco? —rezongó el joven.

Las escobillas barrían continuamente las gotas de lluvia que caían sobre el parabrisas del «2 CV» que Brawton había alquilado para la ocasión. Las nubes, espesas, ventrudas, rodaban muy bajas con gran lentitud, arrastradas por un viento del Noroeste apenas perceptible.

—Ésa es una cosa que nosotros no podemos remediar, jefe.

—No me llame más jefe o se descubrirá el pastel —rezongó el detective—. No me importaría que me llamase por mi nombre, pero para estar mejor puestos en situación, deberá llamarme profesor cada vez que se dirija a mí.

—Está bien. Discúlpeme —murmuró la muchacha en tono humilde.

—Oh, no me haga demasiado caso, Aline —sonrió Brawton—. Pero hemos de estar prevenidos contra cualquier eventualidad, ¿comprende?

—Sí, profesor. —Aline sonreía también. Miró al joven y luego, los dos rompieron a reír alegremente.

De pronto, una serie de siluetas grises aparecieron ante sus ojos.

—Mire, Aline —exclamó él—, ahí, delante de nosotros, tenemos la aldea de Efferey.

La carretera, de segundo orden, atravesaba por el centro de la aldea, formando una calle, que aparecía completamente desierta a causa del diluvio que derramaban las nubes.

—Estoy empapado de humedad —rezongó el joven—. Aline, ¿no le gustaría tomar algo caliente antes de seguir hasta el castillo?

—Por supuesto —accedió ella. Extendió la mano—. Mire, ahí tenemos un lugar adecuado.

Mientras Brawton frenaba el «2 CV», Aline leyó la muestra: Le Chien Fou.

—«El Perro Loco» —exclamó—. Vaya un título.

—Los aldeanos son así —filosofó el detective—. No le dé más vueltas. ¿Bajamos?

Atravesaron la acera en dos saltos y se colaron en el local, desierto en aquellos momentos.

Una docena de mesas, con sus correspondientes sillas, una gramola automática en un rincón, un par de juegos de salón, y varios calendarios, inevitablemente adornados con bellas y calurosas mujeres y, por lo mismo, enemigas del exceso en la indumentaria, constituían prácticamente la decoración de la taberna, no muy limpia a juzgar por las continuas injurias de las moscas a los calendarios, insensibles a la belleza de las mujeres allí reproducidas.

Al mido que hizo la puerta al abrirse, apareció un hombre por otra, situada tras un pequeño mostrador. Era voluminoso, de rostro sanguíneo, y se cubría parte del cuerpo con un mandil lleno de lamparones. Aline sintió al instante una viva antipatía hacia el sujeto.

—Buenos días, señores —saludó urbanamente el tabernero—. ¿Desean algo?

—Sí. Dos cafés. —Brawton pensó que, por lo menos, el agua quedaría esterilizada al hervir para la infusión.

—Añádales unas gotas de ron —pidió Aline.

—Muy bien. ¿Les sirvo en una mesa?

—No, aquí mismo, en el mostrador.

—Perfectamente. Los señores tendrán la bondad de esperar un poco.

—Claro.

Momentos más tarde, el tabernero depositaba dos tazas humeantes en el mostrador. Brawton se sorprendió al observar la limpieza del servicio, aunque procuró no decir nada al respecto.

El tabernero se apoyó de codos en el mostrador, enseñando al hacerlo unos velludos antebrazos que horrorizaron a la muchacha. Alina procuró olvidarlos, sumiéndose en la toma del café con el ron.

—Los señores no son de aquí, ¿verdad? —preguntó el tabernero curiosamente.

—No. Venimos de París.

—Ah, París.

Hubo una pausa de silencio. El café con el ron estaba excelente.

—La gente de Efferey lo aprecia mucho —manifestó el tabernero, en respuesta a los elogios de Brawton.

—Hay razones para ello, desde luego. A propósito. —Brawton se dijo que era hora ya de empezar a adquirir algunos conocimientos sobre lo que les interesaba—. Me llamo Lemaire, Pierre Lemaire, y soy profesor de Historia. Ésta es la señorita Aline *Tours*, mi ayudante y secretaria.

Brawton había decidido usar su verdadero apellido, a fin de no levantar sospechas con el que utilizaba habitualmente en su agencia. El apellido Lemaire, además de ser genuinamente francés, sonaba mucho mejor, más convincente.

—Encantado, profesor, señorita —dijo el tabernero—. Mi nombre es Grandval, Y —añadió maliciosamente—, supongo que se dirigirán al castillo de D'Efferey.

—Supone usted muy bien, Grandval. Las leyendas antiguas me interesan mucho. Especialmente la del fantasma.

Grandval hizo una mueca.

—¿El fantasma? ¡Bah! —rezongó despectivamente.

—¿Qué pasa? ¿Acaso no cree usted en su existencia? —inquirió Aline.

—Es una invención de Faintenac.

—¿Faintenac?

—Sí, el administrador de las propiedades de la señorita D'Efferey.

Debió inventarse esa historia para los ratos en que se aburre de sacarnos los cuartos. Casi todo el pueblo y las tierras son de la señorita

D'Efferey,

¿sabe? Aquí vivimos casi como en la Edad Media en lo que se refiere a ciertos asuntos. Eso es injusto, ¿no les parece?, que uno tenga tanto y los otros tan poco...

Brawton quiso esquivar un tema que le parecía sumamente

vidrioso.

—Yo soy profesor de Historia, Grandval, no de ciencias sociales o de economía rural —dijo.

El tabernero movió la cabeza.

—Ya. De todas formas, esta casa es mía —declaró orgullosamente—, así que no le debo nada a esa ricachona, ¿comprenden?

—Le felicito, Grandval —manifestó el joven. En tono reflexivo, añadió—: Así que el fantasma es una invención de Faintenac.

—Sí. ¡Fantasmas! ¡Tonterías! —resopló el tabernero.

—Mejor para nosotros —sonrió Aline—. Así podremos dormir tranquilamente en el castillo.

Grandval enarcó las cejas.

—¿En el castillo? ¿Les invitó Faintenac?

—Oh no; la invitación procede de la propia señorita

D'Efferey.

A estas horas, supongo, debe encontrarse en el castillo, esperándonos.

El rostro de Grandval expresó un profundísimo asombro.

—¿La señorita en el castillo? ¡Quién lo dijera! ¡Menudo notición! —exclamó.

Al oír aquellas palabras, Brawton se sintió profundamente extrañado.

—¿Tan raro es que la señorita venga al castillo? Es una propiedad suya...

—Que no ha visitado apenas media docena de veces desde que nació —afirmó Grandval en tono rotundo.

Brawton miró en dirección a Aline. El rostro de la muchacha expresaba también suma extrañeza.

El joven decidió cambiar de tema.

—Óigame, Grandval —dijo—, antes me habló usted de Faintenac, el administrador. Parece —añadió especulativamente—, que no es persona de su agrado.

El tabernero hizo una mueca.

—¿Quién? ¿Ése...?

Grandval se interrumpió súbitamente. Sus ojos se fijaron en la puerta que acababa de abrirse.

Un hombre, envuelto en un largo impermeable, brillante a causa

de la lluvia, con el sombrero chorreante de gotas de agua, acababa de penetrar en «Le Chien Fou». Sin haberlo visto antes en su vida, Brawton conoció su identidad desde el primer momento.

Limpiándose las manos en el sobado delantal, Grandval se precipitó al encuentro del recién llegado. Éste dio unas cuantas patadas en el suelo y luego se quitó el sombrero, sacudiéndolo contra el impermeable.

—¡Oh, señor Faintenac! —exclamó el tabernero efusivamente—. ¡Cuánto honor! ¡Que alegría para mí verle en mi humilde casa! Que es la suya, naturalmente, señor Faintenac.

—No me lo jures, Grandval —replicó el administrador de las propiedades de Chantal D'Efferey,

con una nota de indudable sarcasmo en la voz. Ni siquiera miraba al tabernero; sus ojos, azules, fríos, estaban fijos en la pareja.

—Oh, usted siempre tan bromista, señor Faintenac —contestó Grandval, tratando de dar una entonación de buen humor a su voz. Miró de reojo a sus clientes, a la vez que se sonrojaba aún más de lo habitual—. Ya sé que ando algo retrasado en el pago de la renta... pero ha de comprenderlo. El negocio no marcha muy bien... los vecinos de Efferey son unos avaros, incapaces de gastarse un céntimo...

Faintenac cortó la verborrea del tabernero con un seco ademán.

—Está bien, Grandval; ya hablaremos de este asunto en mejor ocasión. —Se encaminó hacia el mostrador—. Sírrame una copita de Calvados.

—Al momento, señor, al momento —exclamó el tabernero servilmente. Se situó detrás del mostrador y señaló hacia la pareja—. Los señores son los invitados de *mademoiselle*, ¿sabe?

Faintenac enarcó sus cejas.

—Ah, los huéspedes que me anunció la señorita D'Efferey.

Es para mí un placer y un honor saludarles, profesor, señorita *Tours*. Soy Faintenac, administrador de las propiedades de *mademoiselle*.

—Encantado, señor Faintenac —contestó el joven gravemente. Aline hizo una breve inclinación de cabeza.

—Tendré mucho gusto en acompañarles hasta el castillo. Ustedes desconocen el camino, presumo —manifestó el

administrador.

—Muy amable, señor Faintenac. —Brawton captó la reciedumbre del cuerpo de su interlocutor, a pesar del impermeable; y asimismo se dio cuenta de que detrás de aquellas pupilas de mirada impasible, latía una voluntad de hierro.

Faintenac despachó de un sorbo el contenido de su copa.

—Espero que en la próxima vez me sirvas algo mejor que este jugo de chinches con que me acabas de obsequiar, Grandval —dijo insultantemente. Luego se volvió hacia la pareja con aire de suficiencia—. Está visto que en los pueblos no se puede tomar nada decente. Me agradará ofrecerles algo mejor en el castillo.

—Su amabilidad resulta exquisita, señor Faintenac —expresó Brawton, a quien el gesto de superioridad del administrador le disgustaba sobremedida, aunque se abstuvo de manifestarlo exteriormente.

Faintenac se volvió de pronto hacia el tabernero.

—Espero que te normalices pronto en tus pagos, Grandval —dijo hirientemente—. Ya me imagino que las cosas están difíciles; pero yo no puedo contentar a *mademoiselle* con palabras solamente. ¿Estamos?

Grandval bajó la cabeza, abochornado.

—Sí, señor —dijo humildemente—. Procuraré liquidar lo antes posible.

Brawton sintió de pronto unos enormes deseos de machacar las narices del administrador. «Prudencia, Pierre, —se dijo—. Éste es un asunto que no te incumbe en absoluto».

Faintenac se dirigió de nuevo hacia la pareja.

—Puesto que aquí ya no tenemos nada que hacer, ¿me permitirán servirles de guía hasta el castillo?

—No hubiéramos podido desear mejor suerte —repuso Brawton cortésmente—. Podemos llevarle en nuestro coche, que está a la puerta.

Faintenac se inclinó ligeramente.

—Muy agradecido. Precisamente, el mío se estropeó y tuve que venir a la aldea en una tartana. Ha resultado un incidente desagradable. —Se volvió hacia el tabernero—. Grandval ha tenido un gran placer en invitarnos, ¿no es cierto?

El tabernero sonrió, enseñando los dientes:

—Las palabras del señor son exactas —dijo.

—Gracias, Grandval, tú siempre tan cumplido. Dile a Lambert Asselin que lleve la tartana al castillo. Yo iré en el coche del profesor.

Unos momentos después, Brawton, Aline y Faintenac emprendían la marcha.

CAPÍTULO VII

A media que el «2 CV» se acercaba al castillo, la sombría masa iba surgiendo de entre los celajes de la lluvia. Brawton apreció en realidad lo que conocía por reproducciones, aquella colosal mole grisácea, amenazadora, casi siniestra, levantada ocho siglos antes.

Admiró las enormes torres, los colosales muros, las almenas dentelladas, la barbacana, la capilla en uno de los ángulos, el impresionante conjunto, en fin, de un edificio que tantas y tantas leyendas albergaba en su interior.

Una corriente de agua lo circundaba y así el castillo, resultaba ser prácticamente una isla, unida solamente a la tierra firme por un puente de piedra, que accedía a la primera puerta, en la cual se conservaba todavía el pesadísimo rastrillo, de puntas aguzadas como espinas.

Faintenac habló de repente.

—El constructor del castillo fue hombre de una inteligencia poco común —dijo—. Todas las fortalezas de la época, disponían, como uno de sus principales elementos de defensa, un foso que las separaba varios metros del terreno circundante. Pero en la mayoría de ellos, el foso se llenaba con las aguas pluviales, con lo cual, cuando llegaba el buen tiempo, el foso se secaba y el fondo limoso era una fuente continua de inaguantables pestilencias. Hoy se diría que el aspecto sanitario es lo más importante, pero hace ocho siglos se preocupaban muy poco del paludismo, por ejemplo. El arquitecto de los

D'Efferey,

un genio para su época, aprovechó este brazo secundario del Loira para subdividiéndolo a su vez en otros dos brazos, construir el castillo en medio. Así el agua circula constantemente y no existe,

por tanto, el peligro de estancamiento.

Brawton sonrió cortésmente.

—Unas noticias de gran interés —manifestó. Y acto seguido, puso toda su atención en el manejo del coche. El puente de piedra que había sustituido al levadizo, por imperativo de los tiempos, era angosto y resultaba necesario manejar con cuidado.

Mientras franqueaban el puente, Brawton se dio cuenta de que el foso, además de ancho, era muy profundo. La corriente de los aguas, era apenas perceptible, justa, en todo caso, para no provocar desagradables sedimentos. Millones de gotas de lluvia, formaban millones de minúsculos círculos en la superficie de las aguas, borrados y sustituidos al instante por otros que aparecían y desaparecían en rapidísima sucesión.

Durante un segundo, Brawton tuvo la sensación de que la amenazadora mole del castillo iba a derrumbarse sobre ellos. Después, la penumbra del zaguán cayó sobre ellos.

Atravesado el zaguán, pasaron, a un gran patio descubierto. Siguiendo las indicaciones de Faintenac, el delictivo enfiló su coche hasta una enorme escalinata de piedra, cubierta con una pesada marquesina inclinada. En el interior, el rumor de la lluvia resultaba notablemente amplificado, tanto por la proximidad de los pétreos muros, como por los chorros de agua que caían de las altas gárgolas, todas las cuales semejaban grifos, dragones y otras bestias diabólicas, inmovilizadas en una mueca de odio y horror al mismo tiempo.

Brawton frenó.

—No se preocupen por su equipaje —indicó Faintenac—. Los criados se encargarán de subirlo a las habitaciones.

—Me extraña que haya servidumbre en el castillo —aventuró Brawton, mientras remontaban la escalinata—. Aunque, es comprensible, sabiendo que la señorita

D'Efferey

lo habita en la actualidad.

—*Mademoiselle* —expresó Faintenac con enigmática sonrisa—, no viene al castillo sino en raras ocasiones; pero en cualquier momento, el castillo está dispuesto para dar la bienvenida a los invitados, cualquiera que sea su número.

—Una precaución muy de elogiar —aprobó el detective.

Ahogó una exclamación de asombro al penetrar en el vestíbulo, de dimensiones realmente colosales.

Frente por frente a la puerta, se divisaba una gran escalera que conducía a los pisos superiores, flanqueada por armaduras en perfecto estado de conservación, tan flamantes como el día que salieron de la fragua. Pendiente del techo, que casi se perdía de vista, había una gigantesca lámpara, de tamaño acorde con el vestíbulo. La lámpara pendía de una sólida maroma, la cual pasaba por un polipasto pendiente del techo, yendo luego a uno de los rincones, en donde se enrollaba en una especie de molinete o cabrestante, que servía para izarla o bajarla, según las conveniencias.

Faintenac captó la admiración de los invitados. Una nota de orgullo se reflejó en su voz al hablar.

—Aquí se ha celebrado en más de una ocasión, un baile real. Los reyes de Francia pernoctaron más de una vez en el castillo, y con frecuencia venían para tirar contra los ciervos y venados del parque, los más afamados, no sólo de la región, sino aun de toda Francia. Este vestíbulo —añadió— se encuentra un tanto modernizado en relación a la época de su construcción. En cambio, el aspecto exterior del castillo es el mismo. Si el arquitecto que lo levantó resucitara, no podría quejarse; salvó por algunas modificaciones, realmente indispensables, debidas, como es lógico, al inevitable paso de los años, se encuentra tal como el día en que fue habitado por primera vez. Pero —sonrió cortésmente—, temo que les estoy aburriendo. Síganme, se lo ruego.

Faintenac giró hacia su derecha y se encaminó hacia una puerta de labrado dintel de piedra. La madera de la puerta estaba tallada con el escudo de los

D'Efferey

y en ella se advertían la pátina del tiempo, aunque aparecía maciza y sólida.

El administrador empujó uno de los anchos batientes, echándose a un lado para que pasasen Brawton y Aline. Al cruzar el umbral, se encontraron en una estancia de notables proporciones, aunque inferiores a las del vestíbulo.

Había una gran chimenea en uno de sus ángulos, sobre cuyos morillos ardían alegremente varios troncos de encina. La chimenea

producía una agradable temperatura, lo cual hacía que los vidrios de las ventanas estuvieran empañados. En las restantes esquinas se veían más armaduras. En el centro había varios muebles: un par de facistoles, con grandes libros antiguos sobre los mismos, altos taburetes para leer cómodamente; una mesa con algunos libros y dos artísticos candelabros de plata maciza y varios brazos; un instrumento musical que Brawton identificó como un clavicémbalo, y varias pieles de animales salvajes extendidas por el espejante pavimento. Frente a la chimenea había un gran diván y dos butacas.

Chantal se encontraba sentada en una de ellas. Tendido a sus pies se veía un enorme perro lobo, de fiero aspecto. El animal irguió la cabeza al abrirse la puerta, a la vez que emitía un sordo gruñido.

—Quieto, «Sastel» —murmuró Chantal.

El cuello del animal estaba rodeado por una carlanca con púas de acero. Brawton calculó el peso de la fiera en sesenta o setenta kilos por lo menos. Al ver el encantador aspecto que ofrecía la castellana, no pudo por menos de concebir una idea que había acudido sola a su imaginación: «La bella y la bestia». La expresión, por tónica que fuese, resultaba acertadísima.

Realmente, Chantal aparecía muy hermosa con un vestido blanco, largo, de flotantes velos, que le llegaba hasta los pies. De vez en cuando, las llamas ponían una nota de rojizos reflejos en los pliegues del vestido, cosa que aumentaba todavía más el esplendor de la escena. Interiormente, el detective lamentó no haber traído consigo una buena cámara. El espectáculo merecía la pena ser perpetuado.

Chantal se levantó con graciosa ligereza y se encaminó al encuentro de los recién llegados con la mano extendida. Brawton advirtió en el rostro de la joven una disimulada expresión de ansiedad, aliviada en buena parte por su presencia.

—Me alegro mucho de su llegada —sonrió encantadoramente—. Aunque, a decir verdad, me habría gustado vinieran con mejor tiempo. Cuando no llueve, a poco sol que haga, el paisaje queda transformado totalmente.

—Lo creo, señorita —dijo Brawton.

Antes de que el detective pudiera seguir hablando, Chantal se dirigió al administrador.

—Faintenac: ¿Están preparadas las habitaciones de nuestros

huéspedes?

—Sí, señorita. No obstante —respondió el aludido—, iré a cerciorarme personalmente de que todo se encuentra en perfecto orden. Con su permiso, señorita. Profesor, señorita *Tours*...

Chantal esperó a que la puerta se hubiera cerrado. Entonces, se volvió hacia sus huéspedes.

—Siéntense, por favor —dijo—. Les serviré una copa.

Había una mesita con servicio de licores. Chantal destapó una garrafita finamente tallada y llenó tres copas de largo pedúnculo, entregando una a cada uno de sus invitados. Ella tomó la tercera y se sentó frente a la pareja.

—Quiero que sepan las últimas novedades producidas durante mi breve ausencia —dijo.

—Muy bien, señorita —contestó el detective—. La escuchamos.

Chantal se humedeció los labios con el vino de su copa. Luego, de modo casi brusco, dijo:

—Han desaparecido dos hombres del castillo.

Brawton enarcó las cejas. Aline se sintió súbitamente amedrentada. Aquel ambiente, la lluvia...

—¿Desaparecidos? ¿Dos? —dijo el detective—. Dígame quiénes son, por favor, señorita.

—Sí. Uno de ellos era un hombre cuyos servicios yo había contratado, un sabio, un erudito investigador de la historia antigua del país, al cual había encargado revisar y ordenar el archivo del castillo. Al mismo tiempo, le había encomendado investigar cuanto hubiese de verdad en la historia del fantasma y del dinero de su rescate.

—¿Tiene usted alguna hipótesis que pueda justificar la desaparición del sabio? ¿Cómo dijo que se llamaba?

—Paul Lenormand. Señor Brawton, si le he de ser franca, no sé qué pensar acerca de tal desaparición. Faintenac me informó que, al darse cuenta de que faltaba Lenormand, se decidió a telegrafiar a su primitiva dirección y, habiendo recibido una respuesta negativa, avisó a la gendarmería de la localidad. Pero apenas había formulado la denuncia, se vio obligado a presentar otra: uno de los criados, un tal Danbon, había desaparecido tan misteriosamente, que no dejó el menor rastro. El jefe del puesto de gendarmes anda loco, ya que no ha podido sacar nada en claro. Ha interrogado

detenidamente a la servidumbre, le he permitido registrar el castillo de arriba a abajo... pero todo ha resultado inútil. Ni Lenormand ni Danbon han aparecido. Y sus familias tampoco saben nada de ellos.

Brawton se acarició la mandíbula con gesto reflexivo.

—¿Teme usted que hayan sido asesinados? —inquirió de repente.

Chantal demoró la respuesta unos segundos.

—Sí —dijo con un hilo de voz.

—¿Presume usted que el supuesto tesoro es la causa de tales muertes?

Chantal movió la cabeza afirmativamente.

—Eso significaría que el profesor Lenormand —apuntó el joven — encontró algo en sus investigaciones y que Danbon lo sabía... además del asesino, claro está.

—Es lo que me temo, señor...

—Profesor Brawton, no se olvide —interrumpió el joven—. Y, dígame, ¿qué imagina usted que han hecho con los cadáveres?

—Si el que los asesinó arrojó los cuerpos al foso, como me temo, poco podemos esperar por esa parte. El agua es muy profunda y siempre hay limo y plantas acuáticas en abundancia, que habrán retenido los cuerpos.

—A menos que hayan conseguido flotar y aparecer río abajo —apuntó el detective.

—En tal caso, la noticia se habría sabido ya —alegó la joven.

—No obstante, se podría dragar el foso...

—Será preciso, aunque solamente como último y costoso recurso. Pero usted habló antes de la corriente, que, a pesar de que es lenta, también es constante.

—En tal caso, los cuerpos acabarán por aparecer —dijo el detective con firmeza.

—A menos que no los hayan lastrado.

—Si yo hubiera cometido los crímenes, de no haber enterrado los cadáveres en algún lugar donde no pudieran ser hallados, habría hecho ésa precisamente, señorita

D'Efferey.

—Sí, es cierto —convino Chantal lentamente.

Hubo una pausa de silencio. La lluvia continuaba cayendo monótonamente. Un tronco chasqueó, enviando a lo alto miríadas

de chispas rojas. «Sastel» enderezó un instante las orejas, pero casi en el acto adoptó de nuevo su postura de indolente vigilancia junto a su ama.

—Señorita

D'Efferey,

—preguntó Brawton al cabo de unos momentos—, todo crimen, indudablemente, se comete en razón de una causa, de unos motivos. ¿Conoce usted los que provocaron la supuesta muerte de esa& dos personas?

Chantal vaciló.

—No... es decir, a menos que todo ello esté relacionado con... Pero sería una cosa tan improbable.

—Por favor —insistió el detective.

—Pues bien —se decidió Chantal—. Yo creo que, al fin, Paul Lenormand halló el sitio donde está escondido el tesoro. Debíó comunicar su descubrimiento a alguien...

—El asesino —apuntó Aline.

—Sí, muy posiblemente.

—Y entonces —dijo Brawton—, ese alguien, asesinó a Lenormand para no tener que repartir el tesoro. No hallo motivos que justifiquen la desaparición del historiador. Era un hombre corriente, enamorado de su profesión, pero sin las manías y rarezas comunes en personas de su clase. No se puede excluir una súbita demencia, por ejemplo, que le haya impulsado a desaparecer; pero era una persona ponderada y llena de equilibrio; el último, en fin, de quien se hubiera sospechado fuese a cometer una locura.

—Por lo tanto, sólo ha podido morir asesinado.

Chantal inspiró profundamente.

—Ésa es mi opinión, señor Brawton.

—¿Y Danbon?

—Respecto a éste no le puedo facilitar ningún dato de interés. No hallo motivos en absoluto por los cuales explicarme su desaparición. En el caso de Lenormand puede sospecharse haya ocurrido lo que he expuesto; pero de Danbon... Quizá él también estaba enterado.

Brawton ya no quiso seguir haciendo más preguntas a la castellana. Chantal no podía aportar otros conocimientos a los que ya poseía y, por consiguiente, poco podría ayudar a sus pesquisas.

Hecha esta consideración, se despidió de la joven y, en unión de Alina, se retiró a su habitación. Aline se encaminó a la suya, contigua a la del joven, sin que ambos hubiesen efectuado el menor comentario acerca de lo que habían hablado con Chantal.

CAPÍTULO VIII

Unos nudillos llamaron a la puerta.

—¡Adelante! —dijo el detective.

Una joven y rolliza mujer apareció ante sus ojos. Traía una bandeja en la mano.

—Son licores, señor —dijo—, por si quiere tomar algo durante la noche.

La doncella depositó la bandeja sobre la mesita de noche. Hizo una leve genuflexión, en señal de saludo, y ya se retiraba, cuando Brawton llamó su atención.

—Por favor...

—¿Dígame, señor?

—¿Su nombre es...?

—Annette, señor.

—Gracias, Annette —sonrió el joven. La miró, era corpulenta, de busto voluminoso y rotundas caderas, pero su rostro redondo poseía cierta picara gracia como sólo se puede hallar en algunas comarcas de Francia—. Annette, ¿puedo hacerle algunas preguntas?

—Naturalmente, señor. —La doncella, cuyos negros cabellos estaban adornados con una tiesa cofia, volvió a doblar las rodillas—. ¿De qué se trata, señor?

Brawton se acarició la barbilla.

—Veamos, Annette... Tenga entendido que todo lo que voy a preguntarle es estrictamente confidencial, de modo que no tema que lo repita a otra persona. ¿Comprendido?

—Sí, señor.

—Muy bien. Entonces, dígame usted qué clase de sujeto es el señor Faintenac.

Los labios de la doncella se curvaron en una mueca despectiva.

—Una mala bestia, señor —dijo con acento rencoroso—. Muy servil y obsequioso con la señorita Chantal, pero a nosotros... ¡Uf! Si no fuera por los buenos sueldos que se nos pagan, a despecho de él, por supuesto, el castillo se habría quedado sin servidumbre. El señor puede preguntárselo a cualquiera de los criados; le repetirán lo mismo que le he dicho yo.

—Muy bien. Annette. Sigamos. ¿Conocía al profesor Lenormand?

Los rasgos de la cara de Annette no se suavizaban.

—Era un búho, una rata de biblioteca. Todo el tiempo se lo pasaba buscando y leyendo viejos pergaminos. Tenía muy mal genio, se lo aseguro. A mí me tiró en una ocasión la bandeja con todo el servicio del desayuno, sólo porque me atreví a interrumpirle su trabajo.

Brawton sonrió comprensivamente.

—Los sabios suelen tener esas cosas —expresó—. ¿Puede decirme algo de Danbon?

Annette levantó los hombros.

—No me importa lo que le haya podido suceder. Era un sinvergüenza, un sacré cochon.

—¿En qué sentido era un sinvergüenza Danbon?

Las redondas mejillas de la doncella se cubrieron de una capa de vivo carmín, en tanto que su protuberante busto subía y bajaba con acusadores relieves.

—No siga, Annette —dijo el detective—. Demasiado la comprendo. ¿Puede decirme cuántas personas componen actualmente la servidumbre en el castillo?

—Sí, señor. Somos bastantes —respondió la doncella—. El cocinero, Raymond Dupont; su ayudante, Dieudonné Massi, y luego el pinche, Jean Louis Verneuil. Después vienen Martine, la doncella personal de la señorita Chantal; Thérèse Oppelac, otra doncella de más categoría que yo, puesto que, prácticamente, es el ama de llaves; otras criadas, Nicole Fayet y Louise Marras; el chófer Gastón; el jardinero y mecánico, ya que también se encarga de las instalaciones eléctricas, Pierre Galt; ¿quién más...? —Annette se interrumpió unos segundos para reflexionar—. Ah, sí, los guardabosques, Oliver Danjon y Jules Rondén; pero no vienen por el castillo sino de tarde en tarde. Oliver es soltero y vive en Efferey;

y Jules, que es casado, vive en mía casita, con su mujer y sus dos hijos, a kilómetro y medio del castillo.

Brawton se dio cuenta de que Annette había omitido algo en la relación.

—¿Y el mayordomo?

—Oh, la señorita sí lo tiene, pero no aquí, sino en su casa de París. Solamente lo trajo en una ocasión; una vez que invitó a un numeroso grupo de amistades a pasar una semana en el campo. Estos lugares son muy pintorescos en verano, ¿sabe, señor? Entonces, sí, se trajo al mayordomo, un tío alto, seco, muy estirado... nos miraba a los lugareños desde un kilómetro de distancia.

Brawton sonrió ante el irritado comentario de la doncella.

—Bien —dijo—, ya no tengo que preguntarte más... Ah, se me olvidaba una cosa. ¿Cuál es el nombre de pila del señor Faintenac?

—Gerard, señor.

—Muchas gracias, Annette, eso es todo. Por favor, no repita a nadie lo que le he preguntado.

—Descuide el señor. Buenas noche, señor.

Al quedarse solo, Brawton encendió el cigarrillo. Apenas había aspirado la primera bocanada, escuchó una voz a sus espaldas.

—Afortunadamente, no le ha dado a usted por desempeñar el papel de don Juan.

El detective permaneció inmóvil un segundo. La habitación tenía un solo acceso: la puerta por la cual había desaparecido Annette. ¿Quién había penetrado en el dormitorio subrepticamente y, sobre todo, por dónde había penetrado?

Se volvió. Aline, envuelta en una bata larga, estaba frente a él y le miraba sonriente.

Brawton arrojó un rápido vistazo en torno suyo.

—¿Le ha pedido al fantasma la fórmula para atravesar las paredes? —preguntó de buen humor.

—Casi —respondió ella—. Perdone, pero escuché la conversación sin querer.

—Eso no tiene importancia —dijo Brawton—. Siendo mi ayudante, es lógico que esté enterado de todo lo que concierne a mí personalmente, excepto en un sentido, claro está.

Ella se picó.

—No tengo intención de inmiscuirme en sus asuntos estrictamente privados... profesor. —Hizo una mueca—. De todas formas, me pareció gorda.

—Hay gustos para todo, Aline —sonrió el joven.

—Annette es enorme.

—Yo no tengo la culpa de ello —dijo Brawton—. Pero, sin embargo, no creo que haya venido aquí para discutir acerca de la voluminosa anatomía de una doncella. Dígame por dónde vino, se lo ruego; esto me parece mucho más interesante.

Aline señaló hacia un gran armario, de nogal tallado, que había en uno de los muros de la cámara.

—Al otro lado hay un armario exactamente igual —dijo—. Fui a colocar algunas prendas de ropa y toqué inadvertidamente el fondo de madera. Figúrese cuál fue mi sorpresa cuando vi que se abría. Me invadió la curiosidad y... bien, les estuve escuchando sin querer.

—Estos castillos están llenos de pasadizos secretos —comentó el detective.

—Chantal

D'Efferey

debe ser muy rica —dijo la muchacha—. Fíjese en la cantidad de servidumbre que mantiene. Seis hombres, contando al administrador, aparte de los guardabosques, y cinco mujeres.

—Más la gente que emplea en París.

—Lo cual debe costarle una fortuna. Y, por lo que sabemos, no anda apurada de dinero. Entonces —preguntó Aline súbitamente—, ¿por qué tanto interés en el tesoro?

—No olvidemos que su interés principal es el fantasma de Agelcourt —apuntó Brawton.

—No hay quien crea hoy en esas paparruchas, profesor —rezongó la joven.

—Por lo visto, sí. Hoy, más que nunca, la gente consulta sus horóscopos; los profetas y advinadores del porvenir abundan como la peste... ¿Por qué no ha de creerse en la existencia de un espectro?

—Yo no creo, sencillamente —respondió Aline.

—Bien, cuestión de criterios.

—¿Y usted?

—Chantal dijo que había visto el fantasma. No olvidemos este

detalle tan importante.

—Quizá lo soñó.

—Lo soñara o no, nuestra obligación es encontrar el tesoro. Así, el fantasma podrá sentirse tranquilo y descansar en su tumba para siempre.

Aline se cogió la barbilla con expresión meditabunda.

—¿Y si los que desaparecieron vieron también el fantasma? Pudieron aterrorizarse y por eso escaparían.

—Una hipótesis digna de ser aceptada en el caso del criado, mas no en el caso del profesor Lenormand, un hombre ya de vuelta de todas esas supersticiones.

—Pero, con supersticiones o no, el caso es que dos hombres han desaparecido.

—Sí. —Brawton movió la cabeza afirmativamente—. Dos hombres han desaparecido.

—Si se trata de crímenes, el autor debe habitar en el castillo.

—Es posible —suspiró el detective—. Pero, por esta noche, creo que ya no podemos hacer nada más. Aline, le recomiendo que procure dormir. Mañana, en mi opinión, vamos a tener bastante trabajo.

La muchacha se dirigió hacia el armario. Era una pieza enorme, capaz de contener cómodamente hasta una docena de personas.

Antes de penetrar en él, se volvió hacia el joven.

—Atrancaré la puerta por el otro lado —dijo.

—El concepto que tiene usted de mí es muy pobre —respondió Brawton insultantemente.

Aline pegó un portazo.

Brawton tuvo bastantes dificultades para conciliar el sueño. Diversos y muy contradictorios pensamientos ocupaban su mente, haciéndola trabajar intensamente, de tal modo que, sin estar del todo despierto, tampoco dormía con la plenitud de un sueño tranquilo y reparador, lo cual le hacía revolverse en la cama muchas veces, con movimientos nerviosos e inquietos.

A lo lejos, de cuando en cuando, sonaban las musicales campanadas de algún reloj, dando los cuartos y las medias horas. El constructor había querido huir de la tradicional sonería del Big Ben londinense, cosa que hizo pensar a Brawton, en más de una ocasión, en arcaicos instrumentos musicales, ya caídos en desuso, y que el

reloj imitaba a la perfección.

Pero el sonido dominante era el de la lluvia, muy atenuado por la ventana cerrada. En cierta ocasión, Brawton se imaginó la tierra blanda, esponjosa, oliendo intensamente a humedad y, sin poder contenerse, aspiró instintivamente el aire, pues la sensación de olor a humedad le había parecido real y auténtica.

Empezó a dormirse profundamente. Sintió que su espíritu se alejaba de la tierra. El reloj, allá abajo, marcó las doce de la media noche. Las campanadas llegaron hasta sus oídos graves, sonoras, musicales, expandiéndose suavemente en el silencioso ambiente del castillo.

En medio del sueño en que ya empezaba a caer, le llegó un olor extraño, un olor a humedad, como el que ya había evocado anteriormente. Volvió a moverse, inquieto.

El sueño huyó de nuevo, parcialmente, de sus párpados. La sensación de hallarse en un prado bañado por la lluvia, persistía.

Con la mente turbada por los vapores de la semi inconsciencia, se dijo que aquella sensación no era natural. Dentro de la cámara, cuyas ventanas estaban herméticamente cerradas, no se podía oler a hierba mojada.

Súbitamente, sin saber las causas, quizá obedeciendo a una subconsciente premonición, se dio cuenta de que le amenazaba un gravísimo peligro.

El sueño huyó totalmente de sus párpados. En una décima de segundo se encontró totalmente despierto.

Una pesada masa cayó de repente sobre su cuerpo.

CAPÍTULO IX

Se defendió con todas sus fuerzas.

El atacante era persona corpulenta y fuerte, tanto como él. Además, contaba con la ventaja de la sorpresa. Antes de que Brawton, embarazado por los ropajes del lecho, tuviese tiempo de reaccionar, algo suave y resistente a un mismo tiempo le rodeó el cuello.

Un dolor vivísimo le estalló en la garganta. Su respiración quedó cortada en el acto.

Se desgarró la piel con la uñas en su afán por quitarse el lazo de seda que le estrangulaba. El asesino apretó más y más, con fría saña. Brawton sintió que le ardían los pulmones. Perneó frenéticamente, esforzándose por salvar su vida.

Aunque la estancia se hallaba completamente a oscuras, Brawton vio ante sí una roja neblina, en la cual danzaban una frenética zarabanda millares de lucecitas. Abrió la boca, pero ni pudo gritar ni tampoco absorber aire para sus maltratados pulmones.

Se dio cuenta de que la pérdida del conocimiento se le aproximaba con gran rapidez. A pesar de todo, no cejó en sus esfuerzos. Sabía que, en el momento que cediera, su muerte podía considerarse como segura. Agitóse epilépticamente; en uno de sus esfuerzos, logró conectar una rodilla en el vientre de su atacante.

Éste lanzó un sordo gruñido, a la vez que apretaba aún más el cordón de seda. Brawton extendió una mano, casi por instinto, notando que tropezaba con algo duro. Muy cerca de sus oídos oyó un brutal reniego.

Insistió en sus esfuerzos. Notó que su adversario echaba la cabeza hacia atrás, pero su gesto no podía ser muy pronunciado,

dada la posición en que se hallaba. Brawton le tanteó el rostro un momento y luego empujó su pulgar a fondo.

Sonó una blasfemia. Brawton advirtió que la presión del dogal de seda había cedido un tanto. Entonces hizo una presa.

Sus dedos atraparon un apéndice nasal. Lo retorció cruelmente, sin la menor piedad. En medio de la angustia provocada por la falta de aire, apretó y apretó, a la vez que retorció aquella nariz que tenía sujeta con los dedos.

El dolor hizo mella al fin en su antagonista, cuyas manos soltaron el lazo, el cual no se aflojó, sin embargo, todo lo que hubiera sido de desear. Pero fue suficiente para que un delgado chorrito de aire penetrara en los ardorosos pulmones del joven, infundiéndole nuevos bríos.

Brawton se sentó bruscamente en el lecho, a la vez que avanzaba la cabeza. Su frente chocó contra el maltratado apéndice nasal de su enemigo, haciéndole lanzar un sonoro aullido de dolor. El asesino rodó por tierra.

Brawton se lanzó en el acto fuera del lecho. Habitadas sus pupilas a las tinieblas, pronto pudo distinguir la oscura silueta de su adversario, el cual acababa de incorporarse con fulmínea rapidez.

El asesino no cejaba en su empeño. Se le arrojó encima, pero Brawton tenía prevenido esta vez su puño derecho y lo clavó con todas sus fuerzas en el estómago de su antagonista. Éste se quejó, pero devolvió el golpe.

Los dos hombres rodaron por el suelo, en un silencio casi absoluto, roto apenas por el sordo resuello de alteradas respiraciones. Por distintos y comprensivos motivos, ninguno de ambos contendientes quería despertar a los que dormían.

Durante unos momentos, los dos luchadores forcejearon y se debatieron, golpeándose mutuamente con ferocidad de bestias salvajes. De súbito, Brawton logró conectar un buen golpe, deshaciéndose del abrazo de su antagonista.

Pero al mismo tiempo, la mano del asesino encontró algo: el extremo del cordón que el detective tenía aún anudado al cuello. Lo asió con firmes dedos y luego, de repente, pegó un violentísimo tironazo.

Brawton estaba ya casi en pie y fue proyectado hacia adelante de una manera totalmente inesperada. El lazo ejerció de nuevo su

letal presión. Un jadeante resuello, ardiente como un viento de muerte, hirió el rostro del detective; era el aliento del asesino.

Brawton se dijo que era preciso hacer algo para resolver de una vez aquella enconada pelea. Bajó nuevamente la cabeza y golpeó la nariz de su adversario.

Éste soltó el lazo. Entonces, Brawton alargó sus manos.

Asió la nuca de su enemigo, quien trató de golpearle, aunque inútilmente. Brawton dio media vuelta repentina a la vez que inclinaba el cuerpo hacia adelante.

El asesino perdió pie. Gritó, pero todo fue en vano.

Volteado con irresistible violencia, salió despedido por encima de la cabeza del detective. Brawton se dio cuenta de pronto que los azares de la lucha les habían llevado a situarse junto a una de las ventanas de la cámara.

Catapultado por la acción del detective, el asesino salió hacia la ventana, cuyos cristales rompió, en medio de un estrépito aterrador, saliendo proyectado hacia la negra noche. Su cuerpo describió una amplia parábola.

El asesino cayó a las aguas del foso. En medio del espeso rumor de la lluvia, Brawton pudo escuchar el inconfundible ruido de un cuerpo al hundirse en el agua. Se asomó a la ventana, pero las tinieblas eran demasiado espesas para taladrarlas a simple vista.

De pronto, Brawton recordó que había traído una linterna en su equipaje. Encendió la luz de la cabecera de la cama, abrió el armario y sacó la linterna. Luego regresó a la ventana a todo correr.

La distancia al foso era al menos de una docena de metros. Aunque era de buena potencia, la linterna no disipaba del todo las tinieblas. Pero Brawton pudo conseguir captar la imagen de un sujeto que salía del foso en aquellos momentos, izándose a tierra con penosos esfuerzos.

El sujeto se puso en pie. La distancia era excesiva para que Brawton pudiera apreciar distintamente los rasgos de sus facciones, aunque sí pudo ver el gesto de rabia que hacía el asesino, blandiendo el puño en señal de amenaza. Luego se perdió en la oscuridad.

Ruido de pasos sonó de pronto detrás del detective. Brawton giró rápidamente sobre sus talones, disponiéndose a la defensiva.

Un suspiro de alivio se escapó inmediatamente de sus labios.

—Podía haber avisado que era usted —rezongó, sentándose en la cama, rojo por los esfuerzos realizados y todavía casi sin aliento.

Aline se inclinó sobre él con gesto solícito.

¡Pierre! ¿Qué le ha sucedido?

El detective levantó su mano hasta el cuello. Empezó a quitarse el lazo.

—Esto —dijo lacónicamente—. Alguien quiso asesinarme a la turca.

—¡Oh!

La muchacha dio una exclamación de horror.

—Han tratado de matarle —repitió.

—Eso es...

En aquel momento llamaron a la puerta. Brawton se puso rápidamente en pie.

—¡Escóndase en el armario, pronto! —dijo.

Aline corrió ligera hacia el lugar indicado. Brawton se dio cuenta de que los cortinajes de la ventana estaban descorridos y los corrió de nuevo, tratando de ocultar así los desperfectos producidos por el paso a su través del cuerpo del asesino. Ocultó el cordón de seda bajo la ropa de la cama, se puso rápidamente la bata y caminó hacia la puerta, procurando adoptar un aire de normalidad.

Abrió, Anette y un sujeto, el cual supuso pertenecía a la servidumbre del castillo, se hallaban en el dintel.

—Señor —dijo la doncella.

—¿Sí, Annette?

—Oímos ruido... Oh, perdón, profesor —se presentó el hombre—. Soy Gastón, el chofer de *mademoiselle*. ¿Le ha sucedido algo?

Brawton enarcó las cejas.

—¿Suceder? No, en absoluto —mintió descaradamente—. ¿Qué es lo que suponen que ha podido ocurrir?

—Creímos escuchar un grito y luego el ruido de algo chocando contra las aguas del foso —manifestó Gastón—. Pensamos que podía haber sido por esta parte del castillo.

—Lo siento —respondió Brawton—. Dormí profundamente y no me he enterado de nada. De todas formas, gracias por su interés, Annette, Gastón.

—No hay de qué, profesor —dijo el chofer—. A su disposición siempre, ya lo sabe.

Annette le dirigió una tierna mirada.

—Si necesita algo de mí, no tiene más que mandarme, profesor.

—Han sido muy amables los dos —expresó el joven—. Gracias por su solicitud. Buenas noches.

—Buenas noches, profesor —dijeron Annette y el chofer al unísono.

Brawton cerró la puerta, sumamente pensativo, dándose cuenta de que, a pesar de sus precauciones, había cometido un desliz al no cubrirse el cuello. La mirada del chofer había estado insistentemente fija en aquel punto y el detective tenía la seguridad de que la huella del lazo debía haber quedado profundamente marcada en su carne. Sumamente molesto por esta circunstancia, se volvió, en el momento en que Aline salía del armario.

—Si necesita algo de mí, no tiene más que mandarme, profesor —remedó burlonamente el cerrado acento aldeano de la doncella.

—Parece que eso le preocupa más que lo que acaba de ocurrir —dijo el joven sulfurado.

Caminó hacia la mesita y se sirvió una copita de licor, que despachó de un golpe, haciendo vina mueca al notar el dolor que le producía la garganta en el momento de deglutir.

—¿Vio usted la cara de su asesino? —preguntó Aline.

—No. Había demasiada oscuridad. —Se sirvió otra copa, pero antes de que pudiera acercársela a los labios, se la arrebató Aline.

—Yo también estoy necesitando un trago —manifestó la muchacha—. Lo crea o no, me he impresionado bastante. —Después de beber, dijo—: Ha sido una lástima que no haya podido verle la cara.

—En esos momentos yo no estaba para ver la cara a nadie, sino solamente para salvar mi cuello, Aline —refunfuñó el joven—. Y conste que no lo arrojé a través de la ventana por puro capricho. Lo que sucede es que en la lucha nos acercamos a ella, eso es todo.

—Todo no, Pierre. Se ha olvidado decir que hay alguien que conoce su verdadera identidad y que no quiere que siga investigando.

—¿Cómo puede ser tal cosa? Chantal no ha dicho nada a nadie...

—Pero hizo gestiones en París. Alguien pudo seguirla hasta su oficina. El resto es fácil.

—Sí —convino Brawton, reflexivamente—. Ya no se trata del rescate del alma de un sujeto muerto hace quinientos años a causa de un tesoro de fábula, sino de alguien que ha cometido dos muertes y que quiso apuntarse hoy la tercera.

—Se trajo una pistola, ¿no?

—Sí.

—Le recomiendo la lleve encima constantemente, Pierre —dijo la muchacha—. Después de lo ocurrido, todas las precauciones son pocas.

—Usted tendrá también que tomar las suyas.

—Procuraré hacerlo. —Aline se estremeció—. Empecé el viaje casi como una aventura, pero ahora empiezo a dudar de mi cordura al aceptar el empleo.

—Aún está a tiempo de volverse a París, Aline.

Ella le miró fijamente.

—Las mujeres somos muy curiosas, Pierre —dijo suavemente. Se encaminó hacia el armario—. Es posible que pase mucho miedo en los días sucesivos, pero por nada del mundo me perdería lo que va a ocurrir en el castillo de ahora en adelante. Buenas noches, Pierre.

—Buenas noches, Aline.

CAPÍTULO X

—Tengo entendido que anoche se produjo un incidente en el castillo —dijo Chantal D'Efferey a la mañana siguiente.

Brawton embadurnó cuidadosamente una rebanada de pan con mantequilla y luego puso encima una capa de mermelada.

Dijo:

—Lo más correcto sería decir que anoche fui el protagonista de un intento de asesinato. En la parte de la víctima, por supuesto.

Los ojos de Chantal se dilataron.

—¿Qué es lo que dice, profesor?

—El cuello de la camisa, hoy más alto que de ordinario, disimula la huella del cordón de seda que estuvo a punto de acabar con mi respiración para siempre, señorita D'Efferey.

Un hombre me asaltó a la media noche y si no ando listo, me estrangula.

—¡Dios mío! ¿Es posible lo que me está diciendo?

—Hay ciertas cosas con las cuales no me gusta bromear jamás, señorita. Por cierto, tendrá que hacer reparar una de las ventanas de mi cámara. El asesino salió proyectado al foso llevándose por delante la cristalera.

—¿Lo mató usted?

—No. Cayó al foso y escapó. Pero no pude ver quién era, lo cual ha resultado una verdadera lástima. A propósito. —Brawton tendió la vista en torno suyo—, no veo al administrador. Si no es indiscreción, ¿desayuna aparte?

—No. Cuando yo estoy aquí, se sienta conmigo a la mesa.

Comprenderá que, no teniendo invitados, las comidas serían muy tediosas. Pero, efectivamente, Faintenac no ha pernoctado esta noche en el castillo. Dijo que tenía que hacer unas gestiones, relacionadas con su trabajo, desde luego, en la aldea, y que empezaría muy de mañana, por la que si dormía aquí, perdería mucho tiempo.

—¿Son muy frecuentes esas gestiones?

Chantal le miró con aire suspicaz.

—¿Piensa usted en Faintenac como el autor de ese intento de asesinato?

—Era una simple pregunta, señorita —respondió el detective.

—Le diré, profesor. Faintenac es hombre de mí entera confianza. Su abuelo y su padre fueron ya administradores de las propiedades de los

D'Efferey

y él, al morir su padre, ocupó el puesto.

—Podría decirse que es un empleo hereditario —comentó el joven.

—Prácticamente, así es. Yo conocí a su padre y le conozco a él desde que era una niña. Francamente, me resulta un poco fuerte...

—Quizá esté equivocado yo, señorita

D'Efferey

—manifestó el detective—. El hombre que me atacó era muy fornido, pero he de suponer, lógicamente, que Faintenac no es el único sujeto robusto de cuantos viven en el castillo.

—¿Y por qué habría de ser uno de mis criados? —exclamó Chantal picada.

—¿Quién otro podría ser? —retrucó Brawton—. Si todo estaba cerrado, si el que penetró en mi habitación demostró conocer perfectamente el interior del castillo, puesto que nadie le molestó y pudo recorrer tranquilamente la distancia que hay desde la puerta hasta mi cámara, ¿no es lógico pensar que haya de ser uno de quienes la sirven? Dejando a un lado a Faintenac, aquí pernoctan nada menos que cinco hombres. Gastón queda descartado, ya que se presentó a los pocos momentos, y el asesino cayó al foso y luego se alejó a través del prado. Quedan, pues, cuatro: los tres cocineros y el mecánico-jardinero. ¿Qué concepto le merecen a usted esos cuatro sujetos?

—Inmejorable, desde luego.

—Usted pasa larguísimas temporadas fuera del castillo. Supone que son buenas personas, pero no ha convivido con ellos lo suficiente para poder realizar una afirmación semejante, por propio conocimiento.

—En eso tiene usted razón —confesó la joven, un tanto desanimada.

—Debo decir que en un principio creí que las desapariciones eran una fantasía, pero después de lo que me ha ocurrido, puedo afirmar que no es broma. O, de lo contrario, el asesino no habría sentido tan repentino interés por eliminarme. Usted, señorita D'Efferey

—preguntó Brawton de pronto—, ¿no habrá revelado a nadie mi auténtica personalidad...?

—En absoluto —manifestó Chantal enfáticamente—. A todo el mundo dije que vendría el profesor Lemaire para ayudar a Lenormand.

—¿Se ofendió Lenormand por ello?

—Tenía tan mal genio, que era difícil saber cuándo estaba ofendido y cuándo no. La verdad, no me preocupé demasiado del asunto.

Brawton se reclinó de pronto en el sillón.

—Usted posee una saneada fortuna, señorita —dijo—. El tesoro puede ser muy valioso, ciertamente, pero no la sacaré a usted de ningún grave apuro. ¿Tan interesante es para usted encontrarlo?

Chantal enrojeció levemente.

—Deseo que el alma del fantasma sea rescatada —dijo, turbada.

Brawton la miró fijamente durante unos segundos. ¿Le ocultaba algo la joven?

—¿Tiene usted algo que hacer esta mañana, señorita? —preguntó de repente en tono banal.

—Escribir unas cartas..., pero puedo hacerlo igualmente a la tarde. ¿Quiere usted algo de mí?

—Si es tan amable, Nos gustaría echar una ojeada al interior del castillo. Más tarde, procuraré ir sonsacando a la servidumbre.

—Muy bien —aprobó Chantal, poniéndose en pie—. ¿Les parece bien empezar por la galería de retratos?

La galería de retratos justificaba su nombre.

Era una habitación larga, de vastas dimensiones, cuyo techo estaba recubierto de ricos artesonados. Las ventanas, de cristales emplomados de distintos colores, proyectaban una suave luz que se difuminaba y destruía casi las sombras, aunque dado el ambiente que reinaba en el exterior, la estancia se hallaba sumida en una penumbra deprimente y angustiosa.

Pendientes de los muros, de tal modo que su borde inferior llegaba a unos dos metros y medio del suelo, había una larga serie de cuadros, que representaban los distintos antepasados de Chantal, cuyo atuendo era todo un muestrario de la indumentaria usada desde la Edad Media, fecha en que comenzaba dicha exposición, y que terminaba con el retrato de una dama enteramente vestida de blanco y de gran parecido fisonómico con la joven. ¡Brawton supo al instante que se hallaba ante la efigie de la madre de Chanta!

En el centro de la estancia había una larga mesa, dedicada sin duda para el estudio y lectura de alguno de los numerosos volúmenes que se divisaban alineados en largas estanterías situadas al pie de los cuadros.

Chantal les narró algunas de las peculiaridades de las personas representadas en los cuadros. De repente se detuvo ante la imagen de una mujer de gran belleza.

Claramente se veía la antiquísima escuela del pintor. La diferencia entre este cuadro y los restantes hubiera podido ser advertida por el más ignorante en pintura. El artista había logrado, sin embargo, un toque mágico en el rostro de la mujer, de cuyo rostro se desprendía una fuerte sensación de vida, de tal modo, que parecía que en cualquier momento iba a sonreír y hablarles.

Chantal se acercó a la pared y pulsó un botón. El cuadro se alumbró al momento por una luz suave instalada en su parte superior.

—La galería es antigua —expresó—, lo cual no es óbice para que se haya procurado modernizarla sin hacerle perder su antigua apariencia.

—Es una idea excelente —aprobó Brawton.

—¿Quién fue la dama del cuadro? —preguntó Aline, curiosa—. Debió ser muy bella.

—Lo fue, en efecto —respondió Chantal—. Se llamó Leonor D'Efferey.

En sus tiempos fue una de las más famosas bellezas de Francia. Muchos hombres murieron por ella.

—De amor, sin duda —dijo Aline, sintiéndose romántica.

—Un amor traducido en estocadas por disputarse el favor de una sonrisa suya —dijo Chantal, riendo suavemente—. Los caballeros de aquellas épocas se lo tomaban así.

—Algunos de hoy día tratan de imitarlos, aunque de otra forma —murmuró el detective, acariciándose con la mano la aún dolorida garganta.

Al tiempo de salir, Brawton se detuvo nuevamente ante el retrato de la madre de Chantal.

—La semejanza es asombrosa. Diríase que es usted misma.

—¡Oh, no! —sonrió Chantal—. Mi retrato, desde luego, está ya pintado. Pero no se colgará en la galería hasta después de mi muerte. Y al lado estará el de mi marido... si me caso.

—¿Por qué no ha de casarse? Posee todas las condiciones apetecibles en una mujer. Es joven, hermosa... y rica. ¿Qué más puede pedir? ¿Acaso un esposo de sangre noble?

—Nunca he hecho gran caso del oropel de un título —respondió la castellana con indiferencia. Brawton creyó hallar en su voz un tono de melancolía—. Como puede ver, ni siquiera uso el mío. Cuando me case, habré de estar plenamente enamorada.

Aline suspiró tiernamente.

De la galería de retratos pasaron a la biblioteca, enorme, repleta de valiosísimos libros.

—La desaparición de Lenormand ha sido una verdadera lástima —dijo Chantal—. Era un auténtico erudito y, verdaderamente, de dos generaciones a esta parte, el orden de mis archivos y aun la misma biblioteca, dejaban mucho que desear. Por todo ello y porque Lenormand era una autoridad en documentos medievales, la interrupción sufrida es muy de lamentar. Me costará mucho trabajo hallar otro como él.

Aline se percató de que la última frase había sido pronunciada por Chantal mientras miraba fijamente al rostro del detective. Inmediatamente sintió en su ánimo una extraña irritación.

—Suponiendo que se confirme la noticia de su asesinato —dijo el detective.

—Yo lo creo así —manifestó Chantal—. Y usted también; el

atentado de que ha sido objeto esta noche, así lo demuestra. El asesino no se para en barras por vida de más o de menos.

—Es cierto —convino Brawton—. Pero dejemos este tema por ahora. Sigamos.

Recorrieron detenidamente el interior del castillo. Más tarde, la joven, utilizando una llave de que se había provisto con antelación, abrió una puertecita situada al fondo del gran vestíbulo y luego apretó un interruptor.

Una escalera de caracol, que se hundía en las profundidades del castillo. Chantal emprendió el descenso, seguida por sus dos huéspedes. La escalera concluía en una plazoleta de la cual partían varios túneles.

Claudine los señaló sucesivamente con la mano.

—El más cercano lleva a la bodega. Se asombrarían al ver la antigüedad de algunos de los vinos que tenemos. Ya los probarán a su tiempo. El siguiente subterráneo es también bodega y, al mismo tiempo, almacén de víveres. El otro lleva a un lugar del que no quiero decirles nada hasta qué lo vean. Y el que vamos a seguir conduce a un sitio al cual me traerán un día.

Las últimas palabras de la joven fueron pronunciadas en un tono enigmático que no fue comprendido, sino hasta que los huéspedes se hallaron bajo las nervadas bóvedas de una vasta cripta funeraria, la riqueza escultórica de cuyas sepulturas y sarcófagos era evidente.

Brawton se volvió hacia la joven.

—¿Dice que ha de venir a descansar aquí un día?

—Ciertamente. Salvo algunos de mis antepasados, muertos en acciones guerreras muy lejos de la patria, y cuyos restos no pudieron ser traídos, todos los demás descansan ya aquí. ¿Por qué había yo de ser diferente?

Brawton meneó la cabeza.

—No era eso. Me sorprendió la tranquilidad con que habla usted del asunto, señorita D'Efferey.

—¿Acaso está en mis manos evitar lo inevitable?

—Tiene usted razón —suspiró el detective.

Aline se había detenido en la tumba que ocupaba el centro de la cripta. Pasó suavemente la yema de sus dedos por el blanco mármol.

—¡Qué mujer tan hermosa! —exclamó conmovida.

—Las leyendas cuentan que a los sesenta años aún inspiraba tormentosas pasiones.

—Una segunda Diana de Poitiers, ¿no?

—Sus palabras, perdone, son un tanto incorrectas, señorita *Tours*. Leonore

D'Efferey

murió mucho antes que Diana de Poitiers, pero, como ésta, pareció haber hallado el elixir de la eterna juventud.

—Usted lo hallará también —dijo Brawton galantemente.

Chantal rió suavemente.

—¡No tendré esa suerte, qué más quisiera yo! Cuando pasen los años me convertiré en una vieja gruñona y desdentada, que sólo hallará placer en permanecer sentada frente a los leños que arden en la chimenea, haciendo calceta mientras murmura mal de todo el mundo.

—Estoy seguro de que ese día está aún muy lejos y que, cuando llegue, usted será la anciana más bonita del mundo. Y la más buena por supuesto —sonrió el detective.

Los ojos de Chantal brillaron sospechosamente un segundo. Aline tosió con fuerza.

—Creo que antes mencionó otra habitación, señorita —dijo la secretaria.

—Sí, vengan, por favor. Pero... no se asusten por lo que van a ver.

Salieron de la cripta, intrigados por las palabras de la joven. Llegaron a la encrucijada y Chantal les condujo por el túnel antes aludido. Al llegar al final, abrió la puerta y franqueó el umbral.

—Pasen, por favor —dijo.

Brawton y Aline la siguieron. Apenas habían dado dos pasos, quedaron como clavados en el suelo. Aline no pudo contenerse y dejó escapar una exclamación de horror.

CAPÍTULO XI

El subterráneo era mucho mayor que la cripta, ya que, aunque sus dimensiones en anchura y longitud eran aproximadamente las mismas, su altura resultaba mayor, puesto que el suelo se hallaba hundido a unos seis u ocho metros bajo el nivel del túnel de acceso.

Al otro lado de la puerta había una plataforma de sólida madera, cuyos bordes estaban protegidos por un resistente pasamanos del mismo material. Una escalera muy empinada descendía al suelo del sótano, en el cual parecían haberse reunido todos los instrumentos inventados en el medievo para torturar a las personas.

El potro, la rueda, grandes poleas pendientes por ganchos del techo, de las cuales se habían suspendido siglos atrás a los prisioneros, colgándoles grandes pesos de los pies; rejas erizadas de pinchos que semejaban horribles lechos de muerte; enormes tenazas que, puestas al rojo, debieron arrancar la carne a pedazos del cuerpo de los reos; un tajo de madera, con un hacha descomunal apoyada en el mismo y, en fin, toda la gema de artefactos de tortura empleados para extraer confesiones a la fuerza o castigar crímenes se ofrecieron en un santiamén a la vista de los atónitos huéspedes del castillo.

Aline se cubrió el rostro con las manos.

—¡Jesús! —exclamó, sin poder contenerse.

—Ya les advertí antes que no se asustaran por lo que iban a ver —dijo Chantal en tono forzado.

Súbitamente, Brawton reparó en un extraño artefacto de metal. Parecía la caja funeraria de una momia, aunque con los rasgos del cuerpo menos definidos. Apenas si la cabeza y los pies estaban ligeramente diferenciados del resto.

La estatua medía unos dos metros de altura y se hallaba

colocada sobre un pedestal del mismo metal, de medio metro. Estaba construida, al parecer, en bronce, aunque la acción del tiempo le había hecho perder su color y brillo primitivos, sustituidos ahora por una capa verdinegra de repelente aspecto.

Chantal demoró la respuesta unos segundos.

—La Dama de Hierro —dijo al cabo—. Uno de los más refinados aparatos de tortura que jamás haya inventado el hombre.

—La Dama de Hierro —repitió Aline, estremecida de pies a cabeza.

—Sí. Vengan conmigo. Les explicaré cómo funcionaba.

—Los antiguos tenían malas costumbres, evidentemente —dijo el detective meneando la cabeza.

—Espero que me hará el honor de no atribuirme responsabilidad alguna en los actos que cometieron mis antepasados —dijo Chantal, un tanto enojada por el comentario del joven—. Por otra parte, no eran sólo los

D'Efferey;

había cientos de nobles que tenían subterráneos similares a éste, en los cuales, el uso de los instrumentos de tortura se prodigaba liberalmente.

—No quise ofenderla, señorita —expresó Brawton, conciliador—. Demasiado sabemos cómo pensaban y actuaban las gentes de antaño. Estoy seguro —añadió con galantería— que usted, caso de haber vivido en aquella época, no habría sido capaz de ordenar torturar a ninguna persona.

—Gracias —sonrió la joven.

Llegaron frente a la estatua de bronce. Chantal señaló un punto de la misma y dijo:

—Como verán, hay una ranura central a lo largo de su superficie. Veán también las bisagras laterales, que sirven para que esta especie de puerta de doble batiente, se abra a ambos lados.

»El interior de la estatua está recubierto de agudísimas púas de hierro. Cuando alguien era condenado a este suplicio, se le metía en el interior de la estatua y luego las puertas se cerraban lentamente. En ocasiones, quedaban entreabiertas, con lo que el desdichado que estaba dentro, no podía moverse en ningún sentido, so pena de clavarse él mismo los pinchos. Por todas partes había aguzadas puntas de hierro que le impedían descansar, con lo que el tormento

se hacía aún más refinado. En ocasiones, los verdugos apretaban un poco, no mucho, sólo para que los pinchos se hundieran superficialmente en la carne del infeliz prisionero; y no faltaba la muerte relativamente rápida, para lo cual bastaba cerrar los batientes de golpe. Entonces, el prisionero quedaba atravesado simultáneamente por docenas y docenas de fuertes puñales, que le mataban en breves momentos.

Brawton se estremeció, imaginándose las horribles agonías que debieron pasar allí algunos desdichados, sintiendo cómo, poco a poco, su carne, sus ojos, su cráneo, todo su cuerpo era atravesado.

La voz de Chantal le sacó de sus lúgubres meditaciones.

—¿Quieren ver el interior del artefacto? Hay un resorte que lo abre... ¿Dónde está?

—Aquí —exclamó Aline, divisando una pequeña protuberancia en uno de los costados de la estatua.

Apretó el resorte y las dos hojas se abrieron de golpe, dejando escapar un siniestro chirrido. Los innumerables clavos que había en el interior quedaron al descubierto.

También quedó otra cosa al descubierto. Chantal exhaló un alarido de terror.

Una figura humana, cuyo cuerpo había sido atravesado por numerosos puntos, apareció ante los espantados ojos de las tres personas. El espectáculo resultaba horripilante.

Durante un segundo, el cadáver, cuyo rostro, perforado y desgarrado por numerosos sitios, aparecía literalmente irreconocible, se mantuvo en pie. Luego, lentamente, se venció hacia adelante, arrastrando consigo en su caída a la atónita Aline, que no había tenido tiempo de reaccionar. Los dos rodaron por el suelo, mientras Aline lanzaba agudos gritos de terror.

Reaccionando prestamente, Brawton se inclinó y apartó al espantoso cadáver a un lado, haciendo que Aline se levantase en el acto.

La muchacha temblaba como hoja sacudida por el vendabal. Brawton se dio cuenta de que estaba a punto de sufrir un ataque de histeria.

—¡Conténgase, Aline! —exclamó, agarrándola por los hombros.

Ella le miró con ojos opacos.

—Pierre —suspiró. De pronto, sus párpados se cerraron. Lanzó

un gemido y cayó en los brazos del joven, completamente desmayada.

Arriba, la lluvia seguía cayendo, incesante, inagotablemente.

Con las manos a la espalda, sumido en sus amargas reflexiones, el detective se paseaba nerviosamente, arriba y abajo, por la misma estancia en que viera a Chantal el día de su llegada. Los gendarmes de la aldea habían terminado su investigación, sin ningún resultado, y el cadáver había sido retirado.

Chantal estaba sentada en un sillón, con la barbilla apoyada en una mano, mirando con vaga expresión las llamas que danzaban en la chimenea. Aline, sorprendentemente recuperada después de su desmayo, estaba de pie ante un facistol, examinando con gran curiosidad las brillantes miniaturas policromadas de un antiquísimo misal.

—Lo que no puedo comprender —dijo el detective, refrenando de súbito sus rápidos paseos—, es cómo el desgraciado Massi pudo ir a parar al interior de la Dama de Hierro. ¿Qué se le había perdido al ayudante del cocinero en la cámara de tormento?

—Si supiéramos eso, estaríamos al cabo de la calle —manifestó Aline desde detrás de su parapeto.

Chantal se estremeció de pronto.

—¡Oh! —murmuró—. Fue horrible, espantoso. Todavía no he podido quitarme de la memoria el espectáculo de aquel cuerpo muerto, desgarrado y atravesado por cientos de púas. Esta noche me la he pasado en vela, sin dormir nada, absolutamente nada.

—Pues le recomiendo que procure calmarse, señorita D'Efferey

—dijo Aline—. Si usted considera como algo horrible el espectáculo que vio, imagínese lo que pensé yo cuando el cuerpo de Massi se me vino encima.

—Sí, será mejor olvidar el espectáculo, aunque no las causas que lo produjeron —murmuró Brawton, acercándose a una de las ventanas.

El ambiente era francamente pesimista. Todo aparecía sumido en un velo gris: las nubes bajas, plomizas, el agua que caía sin cesar en delgados hilillos, incluso los árboles y los prados parecían haber perdido sus brillantes colores verdes para adoptar el gris uniforme del tiempo.

Iba a apartarse de la ventana, cuando refrenó su gesto. Le pareció ver en la semipenumbra que un hombre se acercaba, furtivamente, aprovechando los setos y los arbustos que hallaba en su camino para aproximarse a la fortaleza. Pero como desapareció de manera casi instantánea, pensó que quizá sus nervios estaban sobreexcitados y prefirió callar. Encendió un cigarrillo e inhaló el humo con fuerza.

De pronto recordó un detalle.

—Señorita

D'Efferey.

Chantal levantó la cabeza con gesto apagado.

—¿Sí, señor Brawton?

—Profesor, no lo olvide —corrigió el joven—. He podido darme cuenta de que hace dos días ya que no hemos visto al señor Faintenac. ¿Sabe usted dónde está?

Antes de que Chantal pudiera contestarle, sonaron unos golpes en la puerta.

—Adelante —dijo la joven.

La puerta se abrió. Brawton se asombró de la coincidencia.

Faintenac entró y se dirigió rectamente hacia la joven, cuya mano tomó para besarla respetuosamente. Brawton se dijo que, pese a su corpulencia y a su rostro frío y desprovisto de expresión, era un hombre realmente atractivo para las mujeres. Le pareció que el administrador había puesto en el beso más pasión que cortesía, pero puesto que la interesada, esto es, Chantal

D'Efferey,

no había protestado, se dijo que él no lo iba a hacer tampoco.

Faintenac saludó al detective y a su secretaria.

—Ya me he enterado de lo ocurrido al desgraciado Massi —manifestó a continuación—. ¡Pobre muchacho! Yo estaba en la aldea y declaré ante el jefe del puesto de gendarmes. ¡Es horroroso! No puedo acostumbrarme a la idea de que el infeliz Dieudonné no esté ya entre nosotros. Por supuesto, quisiera haber facilitado al jefe de gendarmes algún dato de interés, pero no me ha sido posible. ¡Qué desgracia, qué desgracia!

Brawton creyó hallar una nota de hipocresía en las manifestaciones del administrador. De súbito se fijó en un detalle que le hizo sentir cierta preocupación.

Las botas de Faintenac, un calzado de campo, fuertes, de suela claveteada, estaban llenas de barro sin limpiar. Asimismo, los bajos de sus pantalones aparecían completamente mojados. Recordando la figura que había creído entrever hacía sólo unos momentos, Brawton no pudo por menos de fruncir el entrecejo.

Tuvo que aguardar una ocasión propicia, que no se presentó sino hasta después de la cena, cuando ya todos se retiraban a sus habitaciones.

Faintenac mostró enojo cuando vio que el detective se colaba tras él en su propia habitación, sin pedirle permiso.

—Señor Brawton —dijo—, el hecho de que *mademoiselle* le haya contratado para cierta clase de servicios, que yo estimo totalmente inútiles, no le da derecho a introducirse en mi dormitorio, sin el adecuado permiso.

—De modo que usted sabe por qué estoy yo aquí —dijo el joven. Faintenac juntó los labios.

—La señorita tiene una gran confianza conmigo —respondió.

—Y usted la ama, ¿no es cierto?

Los ojos del administrador chispearon.

—Haga el favor de salir de aquí, maldito entrometido —dijo en tono bajo y concentrado—. Salga en el acto o le echaré a puntapiés.

—Un momento, un momento. Usted es fuerte, pero yo no soy manco precisamente. Me gustaría hablar unos instantes con usted... Si tanto aprecia a la señorita, debiera sentirse ansioso de cooperar conmigo, ¿no es así?

Faintenac torció el gesto.

—Está bien. Pero despache pronto. Me siento fatigado. He tenido un día muy activo. Quizá por ello y por lo ocurrido me noto algo nervioso. Acaso deba disculparme usted, señor Brawton —dijo en tono más suave.

—Muchas gracias, señor Faintenac —contestó el detective, sonriendo abiertamente—. Entonces, no le importará decirme cuáles son las causas del barro en sus botas. Sus pantalones, por los bajos, chorreaban agua.

—¿Me considera usted un sospechoso? —Faintenac enarcó las cejas.

—Todo el mundo puede serlo. Incluso yo.

—Es posible. Bien, la respuesta es que tuve que venir a pie desde

la aldea.

—¿A pie? ¿No había ni una mala tartana?

—Para venir, sí; pero el que me hubiese acompañado, habría tenido precisión de regresar de noche, cosa que a ninguno agradaba. Y el pasar la noche en el castillo, con lo supersticiosos que son los aldeanos, menos todavía.

—Yo creía que el hecho de ser usted el administrador de la señorita

D'Efferey,

le confería a usted el suficiente prestigio para que alguien le prestase un vehículo para su regreso.

Faintenac vaciló. Luego, inspirando profundamente, dijo:

—No me gusta lo que voy a decirle, pero no me queda otro remedio. No soy muy apreciado en la aldea, la verdad. Ésta es la causa por la que nadie me quiso acompañar.

—¿Por qué? —De pronto, Brawton recordó las frases pronunciadas por Grandval el día de su llegada.

—Los aldeanos que tienen tierras en arriendo, así como los que habitan casas propiedad de *mademoiselle*, quisieran abonar sus rentas del modo que a ellos les diera la gana. Y sabe usted cómo es en Francia la gente del campo: avaros, desconfiados y recelosos... Y, claro está, si cumplo con mi deber y les aprieto los tornillos..., bien, el resultado es que nadie puede verme ni en pintura.

—Comprendo, señor Faintenac —dijo Brawton, dándose cuenta del esfuerzo que había costado al administrador su confesión—. Le ruego mil perdones. No obstante, usted habrá de comprender también mi posición.

—Por supuesto —respondió Faintenac.

Brawton se retiró a su habitación, pensando de mil maneras. Las explicaciones del administrador no podían ser más lógicas, aparentemente, pero... Encendió un cigarrillo, que tiró antes de llegar a su habitación, donde por cierto le esperaba la muchacha, paseándose inquieta y nerviosa arriba y abajo.

—¡Aline! ¿Qué sucede?

La muchacha corrió hacia él en el acto.

—Pierre, he visto a alguien en el castillo, que no pertenece a la servidumbre.

El detective respingó.

—¿Cómo ha sido eso? ¡Explíquese pronto, Aline!

—Verá —la muchacha se ahogaba en su ansia por hablar cuanto antes—. Fue cuando me disponía a acostarme. Miraba por mi ventana, sin ver nada, por supuesto. Pero, de repente, una silueta pasó por delante. Debía haber una lámpara encendida todavía abajo, quizá la de la cocina, que proyectaba un cono de luz hacia afuera. Repito que fue una casualidad y además, la visión no duró más de una décima de segundos, pero tengo la absoluta seguridad de que no puedo equivocarme.

—¿Y cómo sabe que esa persona ha entrado en el castillo?

—Tuvo que hacerlo, a la fuerza, Pierre. Venía al sesgo, en esta dirección. Debe haber una entrada secreta en algún punto que desconocemos...

Brawton se formó en el acto una composición del lugar.

—Está bien —dijo—. Vamos a ver qué ha sucedido, en realidad. —Miró a la muchacha de arriba a abajo—. ¿Tiene usted miedo de acompañarme?

Aline movió la cabeza.

—No, en absoluto.

—Entonces cámbiese de ropa inmediatamente. Póngase unos pantalones y un *pullover*. Oscuros, si puede ser. Pero dese prisa.

—Sí, Pierre —contestó ella, desapareciendo acto seguido a través de la abertura del armario.

El detective examinó a continuación su pistola, de la cual no se separaba un solo segundo después de la tentativa de estrangulación de que había sido objeto. Luego tomó la linterna y esperó.

Aline regresó antes de cinco minutos. Vestía un *pullover* negro y unos pantalones del mismo color, habiéndose sujetado el pelo en la nuca por medio de una cinta. Le miró, sonriendo.

—Estoy dispuesta, Pierre —dijo.

Salieron del dormitorio, procurando evitar el menor ruido. Las luces internas del castillo habían sido reducidas al mínimo; apenas si de trecho en trecho se divisaba una lámpara de mortecinos resplandores que iluminaba muy discretamente el camino. El resultado era una opresiva semipenumbra, en la cual danzaban; fantásticamente agigantadas, las sombras de la pareja. Pronto llegaron a la embocadura de la gran escalera. El vestíbulo se hallaba casi en tinieblas y su aspecto era realmente tétrico. De vez en

cuando, se captaba el resplandor de un rayo de luz al reflejarse en el metal de una armadura.

Aline se dispuso a poner el pie en el primer escalón. El silencio era absoluto; sólo se escuchaba el suave rumor de la lluvia.

De súbito, Brawton extendió el brazo y agarró a la muchacha, atrayéndola hacia la esquina del corredor.

Una sombra enorme, gigantesca, acababa de proyectarse sobre uno de los muros del vestíbulo.

CAPÍTULO XII

La sombra permaneció inmóvil unos segundos, como si el ser humano que la proyectaba se hubiera detenido a escuchar. Luego resbaló rápidamente a lo largo del muro.

Brawton y Aline miraban atentamente, asomando apenas un ojo por la esquina del corredor. El hombre cruzó corriendo de puntillas el vestíbulo y se encaminó en derechura a la puerta que conducía a los sótanos. Abrió con infinito cuidado y desapareció en el hueco.

Aguardaron unos momentos, tensos, expectantes. Luego, al cabo de un par de minutos, salieron de su escondite.

Brawton se detuvo de pronto, ante una estatua que simulaba un mercenario medieval, cubierto de todas sus armas. No le faltaba el menor detalle, ni el sombrero de acero, tan parecido al actual casco de guerra inglés, ni el coselete de malla ni los forrados guantes. Incluso llevaba el rostro protegido por una máscara de malla de acero, que sólo dejaba ver las pupilas, fielmente reproducidas. Sobre el pecho llevaba cruzada la correa de la cual, a la espalda, pendía la aljaba, repleta de viras de acero, y apoyándose en ella con ambas manos, una enorme ballesta, de tremenda potencia.

Sustrayéndose a la contemplación, Brawton echó a correr hacia abajo, seguido por la muchacha. Llegaron a la puerta y el detective estiró la mano.

En el mismo momento, un sonido extrañísimo llenó repentinamente la atmósfera del vestíbulo.

¡Tuang!

Algo silbó siniestramente. Él silbido duró una décima de segundo y concluyó en un seco chasquido.

—¡Cuidado, Aline, agáchese! —gritó Brawton.

Todavía vibraba la primera saeta de acero, clavada profundamente en la madera de la puerta, cuando la ballesta funcionó de nuevo.

La segunda saeta rasgó el aire y se quebró contra el muro de piedra, rechinando metálicamente.

Brawton se volvió, semiarrodillado, pistola en mano. A pesar de la penumbra que reinaba, pudo distinguir una sombra que realizaba frenéticos movimientos en lo alto de la escalera.

El detective levantó la mano armada, pero vaciló. Temía al estrépito que podía producir el disparo.

Su vacilación fue aprovechada por el ballestero para disparar otra vira que cruzó el aire como un relámpago de plata. Brawton palideció al sentir muy cerca de su rostro el soplo del mortífero acero que de haberle acertado, le habría atravesado el cráneo en el acto.

Esto cortó en seco sus vacilaciones. Apretó el gatillo y una llamarada brotó del cañón de su pistola.

El estampido resonó atronadoramente en el vestíbulo. El asesino, disfrazado de ballestero medieval, huyó al ver que le respondían con un arma más eficaz que la suya.

Aline se puso en pie. Gritos de susto se oían ya en el interior del castillo.

—Sigámosle —dijo, con ímpetu inusitado.

—No. Conoce mucho mejor que nosotros los recovecos del castillo y nos sería imposible dar con él. Además, el sujeto que está abajo...

Chantal apareció de pronto en lo alto de la escalera, apretándose los cordones de la bata.

—¡Profesor! ¿Qué ha sucedido?

Brawton salió al centro del vestíbulo para contestar a la pregunta de la joven.

En aquel momento, se oyó un ruido seco. Procedía de uno de los rincones del vestíbulo, precisamente el peor iluminado. Parecía como si alguien hubiese descargado el golpe de un hacha contra un trozo de leño.

Aline lanzó un grito agudísimo.

—¡Cuidado, Pierre!

El joven saltó a un lado. Rodó por el suelo, en el mismo instante

en que un estrépito, atronador hacía temblar el castillo hasta sus cimientos. La descomunal lámpara del techo, cortada a cercén la cuerda que la sostenía, se había venido abajo.

Durante tinos segundos, los, muros temblaron. Pero aún flotaban en el aire los ecos del aterrador estruendo, cuando un agudísimo chillido, un alarido de muerte, cruzó el vestíbulo de un lado a otro.

El grito, que no parecía proferido por garganta humana, se cortó casi en el acto con macabro gorgoteo. Se oyó un débil lamento y luego volvió de nuevo el silencio. Todos los que estaban en el vestíbulo, o en la escalera, atraídos por el estampido del disparo, se hallaban paralizados por el horror.

Un cuerpo humano, convertido en un horrible harapo roto y ensangrentado, yacía hecho un revoltijo entre las aspas del molinete que servía para subir y bajar la enorme lámpara. El desgraciado había calculado mal el punto donde asestar el golpe de hacha, para segar la maroma y las cabillas le habían atrapado en su vertiginoso voltear, provocado por la incontenible caída de la lámpara, destrozándole horriblemente.

Algunas mujeres se desmayaron, otras corrieron. Hubo gritos y carreras y durante unos momentos reinó en aquel lugar la más espantosa confusión. Aparte de Brawton y de su ayudante, dos personas más, sin embargo, supieron mantener cierta calma: Chantal y Faintenac.

Chantal emprendió el descenso. Brawton levantó su mano izquierda.

—¡No se acerque! —ordenó imperativamente.

Faintenac descendió las escaleras a saltos y se acercó al molinete.

—¡Es Danjon, el guardabosque! —exclamó.

—¡Danjon! —exclamó Chantal—. Pero ¿qué podía hacer aquí, en el castillo y a estas horas?

—No es tan extraño lo que pudiera hacer aquí —contestó el administrador—, porque todos hemos podido darnos cuenta de sus intenciones, como el ropaje que lleva.

—¿Por qué se habría vestido de balletero medieval? —preguntó el detective a media voz.

—Me gustaría saber... —empezó a decir Faintenac, sin que tuviera tiempo de completar la frase recién iniciada.

La noche era propicia, al parecer, a los sustos. Faintenac fue interrumpido por un agudo grito.

La rolliza Annette apareció en lo alto de la escalera, profiriendo una serie de aullidos capaces de poner los pelos de punta al más templado.

—¡El fantasma, el fantasma! —gritaba frenéticamente.

Brawton miró a la doncella durante unos segundos. Después, reaccionando, se abalanzó hacia la puerta.

Salió al patio, sin importarle la lluvia, y lo cruzó rápidamente. Atravesó el túnel y llegó al rastrillo, que atravesó por una poterna practicada en la enorme reja de hierro. Al llegar al otro lado se detuvo en seco.

En la orilla opuesta del foso, un sujeto vestido de una forma anticuada se paseaba tranquilamente, despidiendo una extraña fosforescencia, inmune al parecer a la lluvia que caía mansamente. El sujeto no se mojaba.

Brawton se dijo que el mejor remedio contra los espectros era un disparo de pistola. Desenfundó la suya, pero antes de que tuviese tiempo de apretar el gatillo, el espectro desapareció como tragado por la tierra. La oscuridad más absoluta cayó sobre el lugar.

El manso chisporroteo de la lluvia le pareció a Brawton una macabra canción de burla. Después de varias horas de incesantes pesquisas, empapado de pies a cabeza, derrengado y molido, hubo de meterse en cama, sin haber conseguido adelantar un solo paso en sus investigaciones.

—No se ría usted, Aline —refunfuñó Brawton a la mañana siguiente.

El «2 CV.» rodaba hacia la aldea. El limpiaparabrisas se movía sincrónicamente.

—Me río yo también de mí misma, a pesar de la nohecita que hemos pasado. Vaya con Verneuil, el pinche de cocina. A última hora, nos resultó un borrachín, que se levantaba todas las noches para ir a la bodega a beberse una botella tan ricamente.

Brawton esbozó una sonrisa.

—Creo que ya no volverá a beber. El ruido que hizo la lámpara al caer le quitó la embriaguez de una manera radical. Y pensar que yo creí...

—Los dos lo creímos. Tal como están las cosas, su actitud no

podía ser más sospechosa. Y luego, como coincidió con todo aquel jaleo...

—Hay una cosa que no entiendo, Aline —dijo de súbito el detective.

—¿A qué se refiere usted?

—¿Cómo llegó el ballestero, en tan corto espacio de tiempo, desde lo alto de la escalera, hasta el molinete?

—Es que —apuntó la muchacha—, en mi opinión no hubo un ballestero, sino dos. De modo que cuando Danjon vio que su cómplice fallaba, él oculto en el rincón menos iluminado, cortó la cuerda. Lo que sucede es que calculó mal los efectos del hachazo y el rapidísimo volteo del molinete le destruyó en un instante.

—Oiga, es cierto. Tuvo que ser así. Aline. ¿Sabe que cada día me voy convenciendo más de que sirve para ayudante de un detective?

—Muchas gracias —respondió ella, un tanto picada por lo que creía sarcasmo de Brawton.

—No se irrite usted. Lo decía completamente en serio, Aline. Quizá pueda decirme también quién pudo ser el otro ballestero.

—Exceptuándonos a nosotros dos, cualquiera de los que habitan en el castillo. Incluidas las mujeres. Aquellas ropas disimulan perfectamente las formas femeninas.

—Es posible —aprobó el joven; y como en aquel momento penetraban ya en la aldea, suspendió la conversación.

Segundos después, detenía el coche ante una tienda. Se apearon y cruzaron la acera sin detenerse.

Una campanilla sonó al abrirse la puerta. Mientras acudían desde el interior a despacharles, Brawton recorrió rápidamente con la mirada el interior de la tienda. Lazos de seda, carretes de hilo, madejas de lana, botones de nácar, en fin toda la gama de artículos que podían ser expendidos en una mercería, se ofrecieron a sus ojos; pero, en general, aparecían viejos y ajados. La impresión que obtuvo el detective fue de pobreza y ruindad.

Una mujer de aspecto seco y rostro anguloso apareció tras el mostrador.

—¿Sí? —murmuró sin ningún interés.

—Desearía hacerle una pregunta, señora —manifestó el detective.

—Bien, usted dirá —contestó la mujer.

Brawton sacó del bolsillo un trozo de cordón de seda.

—¿Tiene usted cordón como éste, señora? —inquirió.

La mujer tomó el trozo de cordón y lo examinó durante algunos segundos.

—No —contestó lacónicamente.

—¿Lo ha tenido alguna vez?

—Sí, aunque ya hace tiempo que no me queda de este tipo. — Las respuestas eran desabridas, casi hostiles.

La campanilla sonó de pronto. Una obesa mujer penetró, plegando al mismo tiempo un chorreante paraguas de colores tan chillones que casi parecía una sombrilla playera.

—Hola, Rosalie —saludó, mirando curiosamente a la pareja.

La mercera pareció desinteresarse de Brawton y de Aline.

—Hola. ¿Qué tal tu marido? ¿Se le ha curado ya el reuma?

A Brawton le extrañó sobremanera el interés de la mercera por el esposo de la recién llegada. Pero no tardó mucho en explicárselo todo.



¡Culdado, Aline!

—Sí, gracias, Rosalie. Ya está de nuevo tras el mostrador.

—Reuma, ¿eh? —exclamó la mercera sarcásticamente—. Ya te dije yo que no te casaras nunca con un Grandval. La afición a beber les viene de familia. Habrá pescado una borrachera de las de trueno y habrá tenido que pasarse una semana en la cama, como cada vez que lo hace. ¡Podía ser mi marido! ¡Ya le daría yo...!

Brawton se creyó entonces en la obligación de intervenir y se dirigió a la cliente.

—Perdón, señora. Sin duda, por lo que acabo de oír, es usted la esposa del señor Grandval.

—Así es, señor. ¿Acaso les debe algo? No sería la primera vez que...

—Oh, no, en absoluto —sonrió Brawton—. Da la casualidad de que el señor Grandval es la primera persona a quien conocimos a nuestra llegada a la comarca y me he sentido interesado por él al escuchar involuntariamente que se hallaba enfermo.

La señora Grandval dulcificó ligeramente su expresión.

—Ahora está bien, muchas gracias. Si quieren saludarle, le hallarán de nuevo tras el mostrador. Tendrá mucho gusto en invitarles a una copita.

—Muy agradecido, señora —sonrió el detective. Se quitó el sombrero y saludó a las dos mujeres—. Buenos días.

Mientras caminaban en dirección a Le Chien Fou, Aline preguntó:

—¿Qué se nos ha perdido a nosotros en ese infecto tugurio, Pierre?

—Tomar la copa a que hemos sido invitados —contestó el detective.

Grandval estaba acodado en el mostrador, enfrascado en la lectura de «L'Equipe».

Al oír que se abría la puerta, levantó la cabeza. Su rostro se iluminó al reconocer a sus visitantes.

—¡Ah, *messieurs*! —exclamó—. ¡Cuánto me alegra el verles por aquí! ¿Se encuentran bien? ¿No se los comió el fantasma?

—Ya puede ver que no, Grandval —contestó Brawton. Y siguiendo la broma añadió—: Yo diría que es el fantasma quien tiene miedo de nosotros...

—El señor tiene un magnífico humor —expresó Grandval—. ¿Tomarán una copa conmigo? —invitó.

—Gracias, pero usted será hoy nuestro invitado, Grandval. Saque una botella de lo mejor que tenga.

Aline no sabía dónde quería ir a parar su compañero, pero no formuló ninguna objeción. Grandval sacó una botella y tres vasos,

que alineó en el mostrador. Bebieron, y después el detective decidió pasar a la ofensiva.

—Grandval, seguro que usted conocía al pobre Danjon, ¿no es cierto?

El semblante del tabernero se ensombreció.

—Claro que sí, señor. Era un buen amigo mío. ¡La de copas que hemos bebido juntos! ¡Una muerte horrible la suya, señor!

—Sí, fue una gran desgracia —convino el joven. Y luego, en tono intrascendente, agregó—: A veces me preguntó quién podría tener interés en matarlo.

Grandval frotó furiosamente un vaso con el trapo.

—No hay más que una persona que hubiera podido desear la muerte del infeliz Danjon, señor. ¡Un canalla, se lo aseguro yo, señor, que he luchado en el maquis contra los alemanes!

Brawton decidió que el tabernero parecía en vena de confidencias.

—Las copas están vacías, Grandval —sonrió.

—Oh, sí, señor. Perdóneme.

Bebieron de nuevo. Brawton sacó tabaco. Los dos hombres fumaron.

—¿Quién era ese sujeto que, según usted, deseaba la muerte de Danjon, Grandval?

Los dientes del tabernero rechinaron audiblemente.

—¡Si pudiera cogerle entre mis manos, le estrangularía como a un pollito! ¡Ese maldito Faintenac!

Brawton y Aline procuraron dominar la sorpresa que les producía las manifestaciones del tabernero.

—¿Faintenac? —preguntó el detective.

—El mismo. ¿Quién, si no, pudo preparar la trampa del molinete? Se lo aseguro, el administrador de *mademoiselle* es una mala bestia, un sacré cochon, un hombre infernalmente astuto. Tengan mucho cuidado con él, se lo recomiendo.

—Seguiremos sus consejos, Grandval, aunque nos deja usted de piedra —exclamó el joven. Y luego, en tono aliviado, dijo—: Menos mal que ya no estaremos mucho tiempo en el castillo. Vivir allí es como una pesadilla continua.

—Lo creo —concordó Grandval—. Yo no viviría allí, ni aunque me lo regalaran con tesoro y todo.

—Hombre, ya que lo menciona... Grandval, ¿qué sabe usted del célebre tesoro? Eche otras copas, por favor. —Brawton esperó a que el tabernero hubiera servido de nuevo y tornó a la carga—. Realmente, ¿cree usted que existe?

Grandval hizo una mueca de desdén.

—¡Tesoro, bah! Eso son cosas de desocupados, cuyo único trabajo consiste en inventarse fantasías. Si tuviesen que trabajar como yo, ¡qué poco se ocuparían de tesoros!

—Entonces, Grandval, ¿a qué se deben las misteriosas muertes que se han producido en el castillo?

—Cualquiera lo sabe. Quizá fue el fantasma.

Brawton respingó.

—¡Cómo! ¿Usted no cree en el tesoro, en cambio sí en el fantasma?

—Verá, señor —dijo Grandval en tono reflexivo—. Hay más de uno que ha visto el fantasma. Annette, por ejemplo, sin citar otras personas. En cuanto al tesoro... ¿quién ha visto una sola moneda?

El razonamiento de Grandval no dejaba de tener su lógica.

Poco a poco, Brawton desvió la conversación hasta otros temas y al cabo de unos minutos, después de abonar el importe de la botella, en rudo forcejeo con el tabernero, que se empeñaba en no cobrar, salieron a la calle.

Anohecía. Los escasos faroles de la aldea ponían una triste nota de luz amarillenta en el creciente gris del crepúsculo. De pronto, Aline agarró con la mano el brazo de su acompañante.

—Pierre —dijo—, ¿se ha fijado en una cosa?

—Las manos de Grandval.

Los ojos de Aline lucían casi enfebrecidos.

—Justamente, Pierre. ¿Cómo lo adivinó?

—Estuve a punto de morir ahogado como un pollito, aunque con la ayuda de un cordón de seda, recuérdelo.

—Entonces, ¿opina que ha podido ser Grandval?

—¿Quién podría asegurarlo? Faintenac tiene también unas manos grandes y fuertes; él mismo o robusto... y aquella noche sí estaba en el castillo.

Aline asintió muy pensativa.

Emprendieron el regreso. Brawton se dijo que el viaje, pese a no haber resultado todo lo fructífero que había esperado, tampoco se

había hecho sin ningún resultado. Encendió los faros, la noche se acercaba a pasos agigantados y el estado del camino no era demasiado bueno, aparte de que estaba muy resbaladizo por la lluvia que caía sin cesar.

De pronto, antes de que el detective se diera cuenta de lo que le ocurría, se encontró con que el volante giraba locamente en sus manos.

Brawton comprendió instantáneamente lo que ocurría. Lanzó un grito de aviso.

—¡Cuidado, Aline!

El coche empezó a salirse de la carretera.

CAPÍTULO XIII

El «2 CV» saltó por un terraplén mientras sus muelles crujían con siniestros chasquidos. Sonaron ruidos de metal abollado y, de pronto, tras una serie de tumbos que hicieron pensar al detective en un próximo y desastroso vuelco, las ruedas delanteras se clavaron en la mojada tierra del prado contiguo a la carretera. La cola se levantó un segundo en el aire y luego cayó pesadamente, con sordo estruendo.

Un silencio de muerte sucedió al estrépito del accidente.

Brawton se volvió hacia la muchacha, cuyo rostro estaba blanco como la nieve.

—¿Ha sufrido algún daño? —inquirió solícitamente.

Aline movió la cabeza.

—No, gracias, Pierre. ¿Y usted?

—El susto —rezongó el detective. Movié el volanta a derecha e izquierda—. Por lo visto, les estorbamos, Aline.

—El asesino —murmuró ella medrosamente.

Brawton movió la cabeza en sentido afirmativo.

—Por fortuna, nuestra velocidad no era demasiada. Me estremezco al pensar en lo que hubiera podido pasar, por ejemplo, en el momento de enfilar el puente que salva el foso.

—¿Qué haremos ahora, Pierre? —inquirió la muchacha.

—Caminar a pie, por supuesto. Es imposible pensar en otra cosa. El asesino calculó bien, pero actuó mal, por suerte para nosotros. —Frunció el ceño—. A pie, hay una hora larga hasta el castillo.

Aline suspiró.

—Sí, es lo único que cabe...

En aquel momento, brillaron delante de ellos los reflectores de un automóvil.

—Salgamos a la carretera —exclamó Brawton, uniendo la acción a la palabra.

Los faros del coche que se aproximaba y que no podía venir de otra parte que del castillo, giraron un momento antes de encuadrarles con su vivo resplandor, Brawton y Aline escucharon el ruido del motor al detenerse y, casi al instante, divisaron a contraluz una negra silueta, bañada por miles de gotas de agua.

El hombre corrió hacia ellos.

—¡Santo Dios! ¿Qué les ha ocurrido a ustedes?

—Se rompió la dirección, Gastón —respondió el detective—. Afortunadamente, la velocidad no era excesiva; de lo contrario, habríamos salido muy mal parados.

—¡Qué cosa tan terrible! —exclamó el chofer, estremeciéndose—. No quiero ni pensar en lo que hubiera podido sucederles de haber caído al foso.

—Sí —murmuró Brawton pensativamente—; el baño habría resultado altamente desagradable.

Gastón procuró sonreír.

—En fin —dijo—, menos mal que las cosas han ocurrido de manera distinta. Los señores vendrán en el coche de *mademoiselle*. Así se ahorrarán la caminata.

—Es usted muy considerado, Gastón. Por cierto, ¿cómo apareció usted tan oportunamente?

—No es cosa mía, señor. *Mademoiselle*, al ver que ustedes tardaban tanto, se impacientó y me envió a ver si les había sucedido algo malo. Casi estuvo a punto de acertar.

—La señorita

D'Efferey

ha sido muy atenta —manifestó Aline.

—Lo es con todo el mundo, señorita —dijo el chofer.

—Al contrario que Faintenac, ¿no es cierto?

Gastón miró al detective.

—Preferiría que el señor no me obligase a darle una respuesta concreta.

—Con lo que me ha dicho, tengo más que suficiente, Gastón —sonrió el joven. De pronto inquirió—: ¿Qué me dice usted del fantasma y del tesoro?

El chofer se envaró.

—Del fantasma, señor —contestó— ¡sólo sé lo que dicen: que ha sido visto! Aunque los que tal aseguran, me parece no marchan muy bien de la cabeza. Y en cuanto al tesoro, yo tengo uno.

—¿Ah, sí?

—Mi trabajo —contestó el chofer con orgulloso énfasis.

Brawton se quedó mirándolo durante unos segundos.

—Excelente filosofía, Gastón —elogió.

Momentos después, reanudaban la marcha hacia el castillo.

Aquella noche, dos personas, vestidas con negros y ajustados ropajes, estaban agazapadas en uno de los ángulos del vestíbulo, confundiéndose así con las sombras que reinaban en aquel lugar. El silencio era absoluto. Brawton y Aline devoraban con los ojos el espacio que tenían ante sí, iluminado apenas por una sola lámpara que brillaba en el ángulo opuesto.

—¿Cree usted que vendrá, Pierre? —susurró Aline al oído del detective.

—No le queda otro remedio. Tal como están las cosas, ha de verse obligado a asestar su último y definitivo golpe.

Callaron de nuevo. La espera se hacía insoportablemente larga.

Un reloj emitió las doce campanadas, que vibraron con cristalinos sonos por todo el ámbito del castillo.

Pasaron unos minutos. De pronto, la mano de Aline se cerró nerviosamente sobre el brazo del joven.

Una enorme sombra se proyectó sobre el muro, resbalando luego a lo largo del mismo. Después, la sombra se redujo de tamaño, adquiriendo el del cuerpo a que pertenecía.

La negra silueta de un hombre apareció por una de las puertas que daban al vestíbulo. Aline se oprimió instintivamente contra el cuerpo de Brawton. El detective percibió el cálido y fragante contacto de su seno y hubo de esforzarse para contener los deseos que sentía de rodear con su brazo al esbelto talle de la muchacha.

El hombre cruzó el vestíbulo a la carrera, silenciosamente, y desapareció por la entrada del subterráneo. Treinta segundos más tarde, Brawton asió la mano de Aline y los dos echaron a correr hacia el mismo punto.

Escucharon atentamente. El rumor de unas pisadas se apagó rápidamente en la hélice de la escalera de caracol.

Brawton volvió los ojos hacia la muchacha.

—¿Cómo van esos ánimos? —sonrió.

Aunque el rostro de Aline aparecía pálido, no se advertía en él ningún signo de temor. Sonrió, a la vez que movía afirmativamente la cabeza.

—Andando —murmuró él.

Cogidos de la mano, descendieron la escalera de caracol. Al final se detuvieron a escuchar.

Unos ruidos extraños llegaron a sus oídos. Brawton procuró orientarse por la dirección del sonido.

—Está en la cripta —susurró.

Llegaron a la puerta de la cripta. Brawton la entreabrió ligeramente. Dentro del subterráneo se percibía un suave resplandor.

Aline sintió frío de repente y se estremeció. Brawton la sujetó por el brazo.

A través de la rendija, pudieron ver a un sujeto trabajando con un aparejo, cuya utilidad era la de alzar la pesada tapa del sarcófago de mármol. Las poleas del aparato rechinaban de cuando en cuando.

Al cabo de un buen rato, la tapa del sepulcro quedó completamente levantada. El hombre aseguró la maroma y después se asomó al interior de la tumba.

Entonces soltó un agudo grito de horror, que repercutió estruendosamente bajo las bóvedas.

Durante unos segundos, el sujeto permaneció inmóvil en el mismo sitio, paralizado por el espanto. Después reaccionó de un modo alocado y echó a correr ciegamente, sin darse cuenta apenas de lo que hacía.

Su gesto resultó tan inesperado, que Brawton resultó cogido por sorpresa. El individuo también se sorprendió, pero metió la mano en el bolsillo con gran rapidez.

Brawton se le echó encima, intentando sujetarle. El otro individuo, sin embargo, tenía más fuerza de la que aparentaba. Rechazó al detective de un fortísimo empujón que lo lanzó contra la pared más próxima y luego sacó una pistola.

Entonces Aline le pegó un manotazo. La pistola voló por los aires, mientras su dueño soltaba una blasfemia.

Brawton reaccionó. Cuando el individuo se disponía a recoger el

arma, la golpeó con el pie, lanzándola a gran distancia. El sujeto le pegó detrás de la oreja con terrible fuerza.

El detective sintió un intensísimo dolor. Las fuerzas le fallaron de pronto y cayó de rodillas, agarrándose desesperadamente a su antagonista.

Aline se le echó encima. El sujeto golpeó el estómago de la muchacha con el codo y Aline se separó, lanzando un quejido de dolor.

El desconocido debía conocer muchos ardides de lucha, porque casi simultáneamente, levantó la rodilla y golpeó al joven bajo el mentón. Brawton lanzó un gruñido y cayó a un lado.

El otro, libre, echó a correr. En unos segundos desapareció de la vista de la pareja.

Frotándose el maltratado estómago, Aline se acercó al detective, quien, en aquel momento, se incorporaba con torpes gestos.

—¿Se encuentra bien, Pierre? —inquirió ansiosamente.

Brawton hizo una mueca.

—El tipo se las sabía todas. —Agachándose, recogió la pistola—. Es inútil que corramos tras él; a estas horas, ya habrá desaparecido.

La vista de la muchacha se fijó de repente en el sarcófago.

—¿Qué es lo que hay allí, Pierre?

El joven arrugó la nariz.

—El olor no es de «Chanel», precisamente. Vamos.

Se asomaron a la tumba, retrocediendo al instante. Aline vaciló.

Brawton la apartó a un lado.

—No mire —gruñó.

En aquel momento se oyeron unos pasos precipitados. Brawton sacó la pistola, pero replegó velas al instante.

Chantal apareció corriendo por el túnel de acceso a la cripta.

—¿Qué ha ocurrido? —inquirió—. He oído ruido y...

Brawton hizo una mueca.

—Un desconocido levantó la tapa del sarcófago. Aline y yo lo sorprendimos, pero se deshizo de nosotros y escapó antes de que pudiéramos detenerle.

Los ojos de Chantal se fijaron en la tumba, que se veía a través de la puerta abierta de par en par. Percibió el fétido olor e hizo un gesto de desagrado.

—¿Qué..., qué hay ahí? —preguntó, a punto de desfallecer.

—Un cadáver. No sé quién es.

Chantal apretó los labios.

—Quizá lo conozca yo —dijo.

Brawton no hizo el menor gesto por detenerla. Chantal volvió segundos después, con el rostro tan blanco como los encajes del camión que asomaban por el escote de su bata.

—Es... era Danbon —murmuró.

Súbitamente, Aline lanzó una exclamación.

—¡Pierre, mire!

Había en un rincón un trocito de papel, que se les había pasado desapercibido hasta aquellos instantes.

—Debió caérsele al individuo cuando sacó la pistola —dijo.

—Démelo —pidió el joven.

Aline le entregó el papel, que Brawton desdobló rápidamente. Leyó en voz alta.

«... pero ellos no tendrán el diñe... se lo entregaré a una señora... una dama que hizo morir a todos sus enamorados... todos cuantos la adoraron murieron... ella guardará el dinero... vieja dama...»

Después de la lectura de aquellas líneas hubo una pausa de silencio.

—¿A qué se refieren esas frases? —preguntó Chantal.

—Esto debe ser la copia de alguna inscripción hecha en un pergamino antiguo —dijo—. Se le cayó al sujeto cuando sacó la pistola, y es indudable que se refiere al dinero del rescate. Pero si el tesoro no se encuentra en el sepulcro de Leonore

D'Efferey,

¿dónde puede estar?

Aline aventuró una opinión.

—Pierre —dijo reflexivamente—, ¿no le parece que, si él pergamino sobrevivió, el tesoro pudo ser hallado, años o siglos atrás, por alguien que se calló su descubrimiento con toda intención?

—Es una hipótesis muy razonable, en efecto. Pero, según la leyenda, el fantasma desaparecerá sólo cuando haya sido hallado el

tesoro. Y puesto que el tesoro no ha sido encontrado, el fantasma continúa apareciendo de cuando en cuando.

—En eso tiene usted razón —expresó Chantal—. Ahora bien, si la dama citada en el pergamino no es Leonore, ¿quién pudo ser? Porque la única que citan las crónicas en tal sentido es ella, precisamente.

—Eso no quiere decir que las restantes castellanas resultaran tan feas que nadie quisiera mirarlas a la cara —murmuró Brawton galantemente—. De todas formas —murmuró, con acento de preocupación—, no lo entiendo.

Volvió a leer el papel en voz alta.

«... una dama que hizo morir a todos sus enamorados... todos cuantos la adoraron murieron...
vieja dama...»

El detective calló de nuevo. Sacó cigarrillos y fumaron. Envuelto en una nube de humo, pensó con furia. Mentalmente, repitió aquellas frases que ya se sabía de memoria.

Súbitamente chasqueó los dedos.

—¡Ya lo tengo! —exclamó.

Aline y Chantal le miraron esperanzadas.

—¿Sí, Pierre? —dijo la primera.

—¡Pues claro que sí! —exclamó Brawton triunfalmente—. ¡Qué tonto he sido! Lo tenía delante de los ojos y no lo supe ver. Ahora ya sé dónde se encuentra el tesoro —añadió con firmeza—. Vengan conmigo, por favor.

Echó a correr, seguido por ambas mujeres. Salió del túnel, llegó a la encrucijada y dobló, metiéndose por el que daba a la cámara de tormento.

Abrió la puerta y se situó en el centro de la explanada de madera a la vez que extendía una mano con deliberado ademán dramático.

—¡Ahí tienen a la vieja dama! ¡Ésa es la que hizo morir a todos sus enamorados! ¡A todos los mató con sus fatídicos abrazos, la Dama de Hierro, la misma que guarda el tesoro del rescate!

CAPÍTULO XIV

Las dos mujeres permanecían en silencio. Sin añadir una sola palabra, el detective emprendió el descenso, deteniéndose ante la estatua de bronce.

Presionó el resorte y las dos compuertas erizadas de púas de acero se abrieron con siniestro chirrido.

—No hay nada, Pierre —exclamó Aline.

—Por supuesto. ¿Esperaba encontrar ahí dentro el tesoro?

—Pues si no está ahí, ¿dónde puede hallarse? —inquirió Chantal.

—Muy sencillo. Fíjense en el artefacto. ¿No se han dado cuenta de que descansa sobre un pedestal de medio metro de altura?

—¡Cómo! —exclamó Chantal—. ¿Sugiere usted que el tesoro se halla ahí?

—No lo sugiero, lo afirmo —exclamó el joven con rotundo énfasis.

—¿Y cómo se pone al descubierto? —Ésta era Aline.

—Ah, eso es lo que vamos a averiguar ahora mismo. —Brawton se arrodilló delante de la estatua y empezó a tantear la superficie del pedestal con la yema de los dedos, recorriéndola centímetro a centímetro. Ninguno de los tres, absortos en su labor, se dieron cuenta de que un par de ojos les espiaban tras el marco de la puerta de acceso al subterráneo.

Al cabo de un buen rato, Brawton se puso en pie, desalentado.

—No encuentro el menor saliente que pueda indicar la existencia de un resorte. Probaré de nuevo, pero si falla, mañana traeremos un soplete.

Chantal y Aline no dijeron nada de momento. La segunda se acercó a la estatua, examinándola con aprensión. Cogió uno de los

batientes con la mano, haciéndolo girar a derecha e izquierda.

—No lo entiendo —dijo—. Debe de haber un resorte que provoque la apertura del departamento secreto del pedestal. La superficie es tan lisa que debiera notarse a simple vista la menor protuberancia. Y —añadió—, no podría ser mucho mayor que este botón.

Al mismo tiempo que hablaba, sus dedos oprimieron casi inconscientemente el resorte mencionado. Un ruido extraño se oyó al instante en el subterráneo.

Primero pareció como si un muelle empezara a distenderse poco a poco, con calculada lentitud, emitiendo unos singulares gruñidos, seguramente debidos a la falta de grasa. Luego se oyó un seco chasquido.

La tapa anterior del pedestal salió despedida hacia adelante.

Chantal exhaló un grito de asombro. Aline hubo de agarrarse a la estatua para no caer al suelo.

Los ojos de Brawton se desorbitaron. ¡El tesoro estaba ante sus asombrados ojos!

Comprendió en un instante lo ocurrido. El departamento secreto sólo podía abrirse cuando las dos hojas erizadas de púas estaban, a su vez, abiertas. La casualidad había hecho que encontraran en un santiamén lo que de otra manera les hubiera costado largas horas de trabajo.

El tesoro estaba allí. Brillante, cegador, despedía estallantes llamaradas de amarillo color, mostrando la colosal fortuna escondida durante cinco siglos. El paso de los años no había empañado el resplandor de los áureos discos, tan refulgentes como el día en que fueron acuñados.

Durante unos minutos, permanecieron absortos contemplando el fabuloso tesoro, cuyo valor resultaba imposible de calcular.

—¡Es... maravilloso! —articuló Aline al cabo, con gran esfuerzo.

—Parece el tesoro de un pirata —comentó Brawton, rehaciéndose.

Chantal se inclinó para recoger en sus manos algunas de las monedas. En el mismo momento, una voz de frías entonaciones, sonó tras ellos.

—Retírense de ese sitio. No toquen nada si quieren seguir viviendo.

Hubo una tensa pausa de silencio. Después, el sujeto prosiguió:

—Vuélvanse un poco hacia su izquierda y caminen media docena de pasos. Tengan en cuenta que les estoy apuntando con una pistola y que no vacilaré en usarla si me proporcionan la ocasión con algún gesto imprudente.

Brawton inspiró con fuerza.

—Yo que usted, no haría una cosa así, Gastón.

Chantal ahogó un grito de sorpresa. El chofer emitió un procaz juramento, dándose cuenta de que el disfrazar la voz no le había servido para nada.

—¡Hagan lo que ordeno! —rugió.

—Vengan —murmuró Brawton. Las dos mujeres le siguieron en el acto.

—¿Estamos bien así? —preguntó el detective.

—Perfectamente. —Gastón exhaló una leve carcajada—. Creían haber sido más listos que yo, ¿eh? Pues, no. Desde el primer momento, supe que me estaban espiando y me dejé seguir. Desempeñé la comedia en la cripta y luego escapé, dejando caer el papel deliberadamente, con la copia de lo que había escrito en el pergamino. Luego fue cuestión de aguardar un poco y... bien, ustedes me llevaron adonde yo quería.

—Gastón —exclamó Chantal en aquel momento—. Usted no está bien en estos momentos, no sabe lo que se hace. Tire la pistola y olvidaremos todo lo sucedido. Tenga en cuenta que no podrá salir del castillo.

—¿De verdad? —se burló el chofer.

Brawton hizo una pregunta.

—Usted no podrá llevarse el oro de una sola vez, Gastón. ¿Qué hará mientras tanto? ¿Mantenernos encerrados bajo llave?

—Oh, no. Dentro de muy poco, alguien vendrá a ayudarme. Entonces, cargaremos con las monedas y nos largaremos al extranjero. No queremos causarles daño, ésta es la verdad, pero nos acompañarán hasta la frontera como prenda de nuestra propia seguridad.

En aquel momento ocurrió algo extraño. Un trozo del muro que había al lado de la Dama de Hierro empezó a girar, dejando al descubierto un oscuro pasadizo. Completamente empapado en agua, un hombre penetró en el sótano.

—Gastón, ¡pero, esto es magnífico! —exclamó Grandval, el tabernero.

—¡Caramba! —exclamó Brawton sarcásticamente—. Grandval, me extraña no verle vestido de fantasma. ¿Cómo se las ha arreglado en esta ocasión?

El tabernero demoró la respuesta breves segundos. Antes de hablar, alargó una mano y presionó un interruptor. La luz del subterráneo aumentó. Las cuatro estatuas que había en los ángulos, representando otros tantos ballesteros medievales, armados con todos sus arreos bélicos, proyectaron sus sombras hacia el techo, ya que las lámparas recién encendidas se hallaban en la parte posterior de sus bases.

—Éste no es el momento de hablar —gruñó el tabernero—, sino de actuar. Gastón, al avío. Aquí traigo los sacos...

—¿Y el cordón de seda especial para estrangulamientos a las doce de la noche? ¿Se lo dejó en la taberna, Grandval?

—El señor haría mejor en callar —rezongó el aludido—. No queremos causarles el menor daño...

—Cosa que no pareció importarles mucho en el caso de Lenormand, de Danbon y de Danjon, ¿no es así?

—Maldición, cálese —exclamó el tabernero.

Brawton no le hizo caso.

—Me gustaría saber cuál de los dos fue el autor de los crímenes —dijo—. Aunque puede que no fueran ni usted, Grandval, ni usted, Gastón. Todavía queda más gente en la pandilla, presumo. Temo que el secreto del tesoro no lo era tanto como el infeliz Lenormand pensaba. Estoy seguro de que el profesor, alucinado por el brillo de un oro que no había visto todavía, se confió a alguno de ustedes. ¿Quién lo mató y arrojó después su cadáver al foso? ¿Usted, Gastón? ¿Grandval?

Los dos permanecieron en silencio. En vista de ello, Brawton continuó:

—El que mató a Lenormand, bajó luego a la cripta, creyendo sin duda que la tumba de Leonore

D'Efferey

era el lugar donde había escondido el tesoro, llevándose el chasco más grande de su vida al encontrarla vacía. Antes o después, para el caso es lo mismo, Danbon, quien por lo visto se había olisqueado

algo y quería su racioncita del botín, sorprendió al que estaba levantando la tapa del sarcófago. La curiosidad, junto con unas certeras puñaladas, mataron a Danbon; y su asesino, para librarse de un comprometedor estorbo, no encontró mejor medio para deshacerse del cadáver que arrojarlo al interior del sarcófago. ¿Quién iba a sospechar de semejante escondite?? A estas horas, los gendarmes andaban buscando todavía a un muerto que está aquí, a pocos pasos de nosotros. ¿Me explico bien, Gastón, Grandval?

—¿Qué lástima! Usted y yo hubiéramos podido hacer grandes negocios.

—Nos hallamos en campos opuestos —contestó el detective secamente—. Sus manos —prosiguió—, son muy fuertes, Grandval; aunque no fue usted el que trató de estrangularme, sino su amigo Gastón. Gastón —se dirigió al chofer—, ¿qué tal le sentó el viajecito a través de la ventana hasta el foso? Un sujeto como usted, que antes de entrar al servicio de *mademoiselle*, condujo pesados camiones de transporte, ha de tener unas manos muy fuertes, hercúleas. Ustedes sabían que yo era un peligroso enemigo.

—Ha hablado bien —declaró Grandval hoscamente—. Ya no lo será.

—¿Quién sabe? —exclamó Brawton en tono negligente—. ¿Puedo continuar?

—Sí, pero despache pronto —gruñó el chofer—. Estamos perdiendo demasiado tiempo.

—Unos minutos más poco importa, amigo —sonrió el detective—. Déjeme contar el resto. Es lo menos que puedo pedir, ¿no?

—Bien, bien allons vite —rezongó Grandval.

—De acuerdo —dijo Brawton—. A lo que parece, no era solamente Danbon el único que estaba enterado del asunto. También Massi, pero éste fue más listo que los demás, aunque el que lo mató, encerrándolo dentro de la Dama de Hierro no supo comprenderle. Fue uno de ustedes dos, posiblemente Gastón, puesto que viviendo en el castillo, tenía más facilidad de movimientos, lo siguió y lo mató.

—Demasiado listo —convino Gastón—. Me parece que tendré que liquidarle.

—Claro —asintió el detective—. Muerto más, muerto menos, ¿qué importa? A ustedes dos les supo a demonios que Lenormand

fuera tan charlatán. Por lo visto, el profesor Denormand no se confió solamente a usted, Gastón. Quiso asegurarse una complicidad, ya que la noticia de haber hallado el lugar donde estaba el oro le enloqueció y solamente pensó en la forma de asegurarse su posesión. Esto fue lo que le perdió, como asimismo perdió a Massi, quien inesperadamente, se encontró con el camino allanado por usted, Gastón, al matar a Lenormand. ¿Se aclara la cosa?

—Demasiado —rezongó el tabernero—. Usted me había caído simpático, pero después de lo que ha dicho, no espere salir con vida de aquí.

—Oh, bueno —replicó Brawton en tono indiferente—. Sus intentos de matarme fracasaron miserablemente. La trampa de la dirección del coche pudo haber dado resultado, Gastón. Le mandó la señorita a buscarnos, ¿no es cierto? Pero, por sugerencia suya, ya que quería comprobar si el truco de aserrar la barra de la dirección del «2 CV» había dado buen resultado. Aún —continuó—, hicieron otra tentativa, cuando usted y Danjon se vistieron de ballesteros. Gastón, como imitador de Guillermo Tell, no resultó demasiado bueno... aunque debió resultar muy persuasivo para alucinar a Danjon con una supuesta participación en el oro. Francamente, no envidio la suerte del pobre guardabosques.

—La suya no va a ser, tampoco, demasiado envidiable —murmuró Gastón.

—Calma, por favor —recomendó el joven. Nuevamente se dirigió a los dos forajidos—. Les advierto formalmente que, hagan lo que hagan, no podrán escapar del país.

—¿Nos lo impedirá usted? —preguntó Grandval.

—Quizá. Tengo muchos medios.

—¿De veras? —se burló el chofer.

—Sí. Y, en su lugar, yo tiraría inmediatamente la pistola si no quiere correr el riesgo de morir en el acto, con una dosis de su propia medicina.

—Está mintiendo —gritó Gastón, empezando a perder la serenidad—. Aquí no hay nadie más que nosotros. Estamos solos, maldita sea. ¡Grandval, empieza a llenar los sacos! ¡Yo me encargaré de éstos...!

Obedeciendo al chofer, Grandval se separó de la estatua de

bronce junto a la cual había permanecido hasta entonces. En aquel momento, Brawton empujó fuertemente a las mujeres a la vez que lanzaba un grito de advertencia.

—¡Al suelo, pronto, las dos!

El mismo se lanzó a un lado, mientras se esforzaba por sacar una pistola. Pero el arma se le enganchó en el tejido del bolsillo.

Sonó un estampido. La bala chocó contra un objeto metálico y rebotó, aullando agudamente.

Grandval se arrojó sobre el detective, ciego de ira.

—¡Quítate de delante, maldición! —aulló Gastón.

Brawton rechazó al tabernero, pegándole una brutal patada en el vientre. En el mismo momento, se escuchó un raro gemido.

Un objeto metálico, brillante, cruzó el aire, yendo a enterrarse en el pecho de Grandval.

El tabernero vaciló, agarrando con ambas manos la saeta de acero. Pegó un fuerte tirón y se la arrancó. Un chorro de sangre brotó de la herida, junto con un gemido inhumano.

Lentamente, se derrumbó al suelo, pateando espasmódicamente.

Sonó otro disparo. Brawton sintió en su hombro una agudísima quemadura. La pistola que aún no había tenido tiempo de usar, cayó de sus dedos, repentinamente sin fuerza. Gastón se dispuso a repetir el tiro.

Una cuerda de ballesta emitió de nuevo su mortal gemido. Gastón roncó de un modo espantoso. La saeta le había entrado por la nuca y después de atravesarle el cuello de parte a parte, asomaba la punta por debajo de la mandíbula.

El chofer se mantuvo en pie durante tinos interminables segundos. Aline gritó, espeluznada.

Gastón se arrodilló, al mismo tiempo que gorgoteaba de un modo horripilante. Su mano tocó la punta de la saeta, pero de pronto le fallaron las fuerzas y cayó al suelo.

Grandval ya no se movía.

Brawton se sintió acometido por un fuerte mareo. Pero todavía tuvo tiempo de ver algunas cosas.

Dos de las estatuas que representaban sendos ballesteros, se animaron de pronto. Una de ellas se quitó el casco y la máscara protectora de malla y empezó a quejarse.

—¿Qué dirán mis jefes cuando lo sepan? —exclamó el jefe de

gendarmes de la aldea.

El otro balletero se arrodilló al lado de Chantal.

—¿Está usted bien, señorita? —preguntó ansiosamente el administrador.

Antes de que la joven pudiera contestar, se oyó un ruido raro.

—¡Corra, se escapa! —gritó Brawton, sentado en el suelo, apretándose el hombro herido con la mano.

Faintenac dio media vuelta y empezó a correr tras el que huía, tratando de alcanzar la escalera de madera. A mitad de camino lo alcanzó, derribándolo de un fuerte puñetazo en la nuca.

Martine, la doncella de Chantal, el último miembro de la banda, quedó tendida en el suelo sin conocimiento.

Aline se arrodilló junto al detective.

—¿Cómo está, Pierre?

—Duele —contestó lacónicamente.

Ayudado por la muchacha, se puso en pie. El administrador se le acercó.

—Lo hizo usted muy bien, señor Faintenac —elogió el joven. Y acto seguido, se desmayó.

CAPÍTULO XV

Cuando se despertó, se hallaba ya en su lecho debidamente atendido. Aline se hallaba junto a la cabecera contemplándole con inquietud. Chantal y el administrador estaban al otro lado.

—¿Qué tal se siente? —inquirió la castellana.

—Bastante bien, gracias —respondió el detective. Miró al administrador—. Se portó usted muy bien, señor Faintenac.

—Lo que no sé es cómo pude aguantarme durante tanto tiempo —rió el aludido—. Confieso que los dedos se me iban tras la cuerda de la ballesta. ¡Vaya serenidad la suya!

—No tuve otro remedio que actuar así —dijo el detective—. Si hubiese empezado a gritar o a patear antes de tiempo, la cosa se habría echado a perder, con gravísimos perjuicios para todos.

—He estado en el pasadizo —dijo Faintenac.

—Y habrá encontrado, sin duda, un disfraz empapado de fósforo y una capa de plástico totalmente transparente.

Faintenac enarcó la cejas.

—¿Cómo lo sabía usted?

—No podía ser de otro modo —respondió Brawton—. Conocedores de la existencia del pasadizo que cruza bajo el foso y surge al exterior en un lugar muy bien disimulado por unos arbustos, se vestían de aquella forma para simular la existencia del fantasma del conde Agelcourt. —Respiró hondamente—. Ya no se verá más el fantasma; el rescate ha sido hallado y su alma podrá descansar.

Hubo un momento de silencio.

—El valor del tesoro es incalculable —dijo Faintenac.

—Y el diez por ciento, tal como prometí, le pertenece a usted, señor Brawton —expresó Chantal.

El detective sonrió.

—Eso es lo de menos —dijo. Miró a uno y a otro alternativamente—. Confieso que en el primer momento, sospeché de usted, señor Faintenac. Me alegro de haberme equivocado... y si no supongo mal, también hay otra persona aquí que se alegra de haber sufrido un error respecto a usted.

Chantal enrojeció levemente. Aline sonrió.

—Amigo Faintenac —dijo Brawton—, creo que debiera ser más decidido. Procure olvidar ciertas diferencias que los separan, más teórica que realmente, y piensa solamente en Chantal como una mujer. Eso es lo único que puede interesarle.

El administrador se turbó. Sus ojos habían perdido su dureza habitual.

—No quisiera que ella me considerase como un...

—Eso no me lo diga a mí —interrumpió el detective—. Es la señorita

D'Efferey

quien ha de escucharle. Cuando dos personas se aman, y a mí me parece que en este caso no me equivoco, no deben permitir que ninguna barrera, de cualquier clase que sea, se alce ante ellos. No cometan ahora, por vanos escrúpulos que no tienen razón de ser, un grave error del cual hayan de arrepentirse dentro de unos años.

Faintenac miró a la joven.

—Chantal, yo...

La castellana alargó su mano.

—Gerard, salgamos. —Miró en dirección a Aline con gesto malicioso—. Creo que ellos están deseando una ocasión análoga.

—¡Eh! —protestó el detective—, yo, no...

Por primera vez en mucho tiempo, se oyó en el castillo una risa franca, alegre, cristalina. Remolcando a su adorador, Chantal abandonó el dormitorio.

Brawton volvió la vista hacia Aline.

—Creo —dijo lentamente—, que ahora que vamos a cobrar una buena recompensa, sería cosa de ir estableciendo las bases de una asociación más firme.

—¿P. L. Brawton y Compañía? —preguntó Aline.

El detective movió la cabeza.

—Guardo muy mal recuerdo de un nombre semejante —

manifestó—. P. L. Brawton y señora. Suena mejor, ¿no le parece?

Aline sonrió y se inclinó hacia él.

—Define exactamente la clase de asociación que tú y yo vamos a establecer —susurró.

Aquella noche, Brawton cayó en una especie de sopor consciente, pero que, sin embargo, la impedía hacer el menor movimiento.

Oyó, muy lejanas, las doce campanadas de la media noche. Entonces, una vaga sombra de azulados resplandores penetró en la cámara a través de los muros.

Brawton permaneció como en éxtasis durante un cortísimo espacio de tiempo. Le pareció hallarse suspendido en un lugar entre el cielo y la tierra, como si de repente hubieran arrancado su alma de la envoltura carnal. No sentía nada, flotaba en una especie de no ser que embargaba totalmente sus sentidos.

El espectro, que despedía un tenue resplandor azulado, se deslizó silenciosamente, acercándose al lecho.

El semblante era serio y enérgico al mismo tiempo. Sus labios se distendieron levemente en una ligera sonrisa.

—Gracias. —Brawton, oyó una voz que llegaba desde las más insondables profundidades.

El espectro del conde de Agelcourt continuó su camino y desapareció a través de la pared más cercana. Entonces, Brawton cayó en un apacible sueño que duró hasta bien entrada la mañana.

Abrió los ojos y recordó la escena. No estaba seguro si había visto verdaderamente al fantasma o había sido producto de un sueño suyo.

Miró hacia la ventana. Ya no llovía. En el cielo lucía un sol radiante.

Pensó en Aline y sonrió. Aline no era un sueño.

FIN

**veterano
tiene eso
un veterano
sabor**

VETERANO ES DE OSBORNE
VETERANO ES OSE, COGNAC



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2.- BARCELONA (España)

PRIMO EN ESPAÑA: 8 pta. • Importador en España: Primito de Soria

Notas

[1] Aquí yace Leonore

D'Efferey,

1428-1492

< <